Los canallas de levita

LOS CANALLAS DE LEVITA

MELODRAMA EN DIEZ CUADROS

POR

DON JOSÉ MARÍA RINCON

Estrenado con éxito extraordinario en el Teatro Martin de esta Córte en la noche del dia 12 de Enero de 1882, y puesto en escena durante diez y ocho noches consecutivas.

A mi buen amigo, el reputado actor D. Sebastian Carmona, su affmo

[illegible]

MADRID: 1882
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUANA	Srta. D.ª Francisca Ortiz.
PAULA BALTÚS	Srta. D.ª Teresa Marin.
MATILDE*	Sra. D.ª Rosalía Herrera.
EMMA	Srta. D.ª Concha Gonzalez.
MARÍA	Sra. D.ª Vicenta Urrutia.
LORIOL*	Sra. D.ª Josefa Galé.
FABRICIO	Sr. D. Vicente Yañez.
CLÁUDIO MARTEAU	Sr. D. Luis Cubas Gonzalez.
DOCTOR RITTNER	Sr. D. José Chaves.
RENATO	Sr. D. José Capilla
JORGE VERNIER	Sr. D. Antonio Sanchez Pozo
EL SEÑOR DELARIVIERE*	Sr. D. Ramon Perez.
PABLO*	Sr. D. Roman Lojo.
PEDRITO (niño)	Sr. D. Francisco Alvarez.
GERLEYN*	Sr. D. Pascual Alba.
LORENZO*	Sr. D. Antonio Catalan.
JUAN*	Sr. Delamar.
ANDRÉS*	Sr. Berihuete.
FRANTZ*	Sr. D. Vicente Sanchez.
PASAJERO 1.º*	Sr. Mendez.
PILOTO 1.º*	Sr. Rodriguez.
IDEM 2.º*	Sr. García.
CONTRAMAESTRE*	Sr. Sanchez.

Acompañamiento de marineros, gendarmes, loqueros y gente del pueblo.

La escena en Francia: época actual.

NOTA IMPORTANTE. Los personajes marcados con una estrella, pueden duplicar, y algunos hasta triplicar los papeles.

AL EMINENTE ESCRITOR

JAVIER DE MONTEPIN

Señor Conde:

De vuestra interesante y popular novela **EL MÉDICO DE LAS LOCAS**, escribí esta obra el año de 1879.

Por uno de esos hechos muy frecuentes en los teatros de nuestro país, sin embargo de estar anunciado su estreno en uno de los de esta Córte, en el del 1880, no llegó á efectuarse.

Por fin se ha estrenado.

El éxito ha superado á mis esperanzas y deseos.

Unánimemente la prensa toda de esta Córte ha tributado elogios sin cuento, é inmerecidos para mí, al arreglo; mejor dicho, á la copia que de vuestra obra me permití hacer.

Mas como todo cuanto á la novela se refiere es vuestro, vuestros son, por consiguiente, los aplausos, elogios y felicitaciones que indebidamente he recibido.

Al consignarlo públicamente, sin que por nadie pueda llamarse modestia hipócrita, cumplo con el deber que mi conciencia me obliga y con la promesa legítima y justa que hice á vuestro representante, cuando le pedí autorizacion para que pudiera ser representado el melodrama, de dedicaros la primera página.

Dignáos, pues, aceptarla con la bondad que os caracteriza, máxime cuando con la sinceridad y franqueza que me reconoce todo aquel que me trata, os lo aseguro; mi mayor y legítima gloria en este arreglo consiste en que el ilustre nombre de un tal reputado autor vaya unido, en parte, al del humilde, pero siempre admirador vuestro, y afectísimo seguro servidor

Q. B. V. M.

José M. Rincon.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Un sentenciado á muerte.

La escena se hallará dividida por mitad; la de la izquierda del actor, tendrá la entrada al foro, cerca de la division, y á la izquierda del mismo mostrador, y tras él estantes con botillería, mesas y sillas. La de la derecha, la entrada la tendrá tambien cerca de la division, y un poco más allá una gran ventana ó balcon de antepecho que á su tiempo se abrirá y desde la cual ha de verse un patíbulo y gente á la luz de antorchas. A la derecha de la misma habitacion, la entrada á otra pieza que figurará ser alcoba; sillones, un sofá, un velador. Al levantarse el telon, aparecen en escena trás el mostrador el señor Andrés, en la primera mesa del proscenio Renato, y en la primera de la izquierda María, Pasagero 1.° y gente del pueblo. La señora Loriol sirve en este momento en la mesa de Renato. Varios pasageros estarán en la puerta.

ESCENA PRIMERA.

RENATO.—ANDRÉS.—LORIOL.—MARÍA.—PASAGERO 1.°—Voces.

LOR. Os gusta la comida, señor Renato?...

REN. Está toda ella muy bien condimentada.

LOR. Me alegro mucho.

AND. Esta es la llave del número cuarenta y dos. Tomad la del cuarenta y siete, y vos conformaros con la del cuarenta y cuatro, puesto que venís solo. (Márchanse los viajeros que aparecen al foro.)

LOR. Andrés?... Ten muy presente la advertencia que desde ayer te tengo hecha; el cuarto número

cuarenta y seis es únicamente para el señor Renato, que ha venido ya, y para su amigo el señor Fabricio.

AND. Ya lo sé, mujer.

PAS. 1.º Patrona? Cerveza.

LOR. Voy al momento.

PAS. 1.º Triste estais, señora María.

MARÍA. Qué quereis! No puedo explicaros lo que siento; pero la verdad es, que desde el momento que he llegado á Melun y oigo hablar de la ejecucion del reo de muerte, un temblor terrible se apodera de mí, de tal manera...

PAS. 1.º Eso no me extraña; porque yo, siendo hombre, tiemblo tambien y no sé si podré resistir con sangre fria el ver quitar la vida á un prójimo como yo.

LOR. Más cerveza. (Sirviendo el líquido.)

PAS. 1.º Bien por nuestra patrona. A vuestra salud, señora María!

LOR. Qué desea para postres? (Mesa de Matilde.) Hay queso de Gruyére, de Suiza, crema de leche, de café, santillys, frutas secas y del tiempo.

REN. Lo que querais?

LOR. Mi eleccion! Razon de más para que yo me esmere. Andrés, postres de frutas y dulces para el señor Renato. Pero anda pronto; muévete. corre. Ay, si no fuera por mí, bonito andaría el hotel! (Andrés pone platos con los postres sobre el mostrador.) Que no se te olvide mi recomendacion.

AND. No, mujer...

LOR. Pero, y los postres?

AND. Pues no los tienes ahí!.

LOR. Es verdad. Perdonadme si he tardado; pero Dios me ha dado un marido tan posma, tan charlatan, y tan...

PAS. 1.º Vamos, señora María, ánimo y no apuraros, que tras unos tiempos vienen otros.

MARÍA. Sí; pero dos años sin ver á mi esposo! Sin la menor noticia de su existencia...

PAS. 1.º Dos años! Y qué vale eso?

MARÍA. El, tan bueno, tan honrado, tan querido de todos...

PAS. 1.º Ya lo sabemos... Pero, creedme; si es de ley, él volverá.

ESCENA II.

DICHOS.—CLÁUDIO MARTEAU.

CLÁUD. Buenas noches, señor Andrés. Hola, señora Loriol!

LOR. Bien venido.

CLÁUD. Cañonazo de Brest! Sabeis que todo el pueblo está lleno de curiosos! Ni en el dia de la funcion viene tanta gente de París ni sus alrededores. Voto al palo mayor de un bergantin, que me alegro por vos, señor Andrés! Calla! El señor Renato aquí. Que me alegro! Mas... (Dirigiéndose á la mesa izquierda.) Voto al palo de mesana! Aquí la señora María y tú tambien, galopin! Cuánto bueno! El chiquitin tan famoso? Me alegro. Es una alhaja ese chico!

MARÍA. Gracias, señor Cláudio.

CLÁUD. Y hará carrera, creédmelo. Ah! Dispensadme, señor Renato, pero he encontrado aquí á estos amigos. Eh, señora Loriol! Ya sabeis de lo que yo gasto; con que vengan ese par de litros...

LOR. De vino?

CLÁUD. Chipé, como decia un amigo mio, español y malagueño, por más señas, que tenia la gracia de Dios metida en los bolsillos.

REN. Señora Loriol?

LOR. Al momento, señor, al momento.

REN. Café.

LOR. Á escape, señor, á escape. Vamos, hombre, anda, muévete, dáte prisa, corre, que han pedido café esos señores, y yo tengo que servir estos dos litros de vino. Aquí teneis, señor Cláudio.

CLÁUD. Buen vino! (Despues de beber.)

LOR. El café, hombre, el café.

AND. Pues no lo tienes ahí?

LOR. Es verdad. Dispensadme si he tardado. (Sirviéndolo.)

CLÁUD. Con que al fin, señor Renato, vais á ver cumplidos vuestros deseos?

REN. Mis deseos!... Y de qué?

CLÁUD. Voto al timon de mi barca! Pues de ver cortar mañana la cabeza á ese desgraciado.

REN. Jamás tuve otro que el de que se hiciera justicia.

LOR. Sí, señor, sí; el que la hizo, justo es que la pague.

AND. Mujer, á qué te metes tú...

CLÁUD. Pues .. Voto á la escotilla de mi veterano bergantin!... que la muerte de ese hombre no es justa.

REN. Que él fué el asesino, está probado?

CLÁUD. Pero cómo ha de estarlo, si desde el primer momento confesó que no sabia por qué se le prendia, que no tenia noticias del asesinato que se le imputaba, y que, tanto el billete que dió al tabernero para que se cobrase el gasto que habia hecho, cuanto la cartera, cuyas cosas infundieron las sospechas del patron que dió parte, dijo que se las habia dado un caballero á quien pidió una limosna?

LOR. Es un pillo, señorita, un bribon; y cuando el señor Renato dice que lo es, lo será; porque tanto él como el señor Fabricio Lecrere no han perdido ni una vista, ni un detalle siquiera de ese proceso.

REN. Así es.

CLÁUD. Ay, señor Renato! Si supiérais como yo...

LOR. Qué entendeis vos de eso?

AND. Pero mujer, á qué te metes tú?...

PAS. 1.° Vamos á dar una vuelta por el pueblo, señora María. Qué diablo! No esteis así: si es criminal, bien harán en cortarle la cabeza, y si no lo es, nosotros no hemos de ser los llamados á salvarle.

MARÍA. Decís bien.

CLÁUD. Salud, señora María. Adios, Nicolás.

LOR. Hasta luego. Que Dios os guarde, amigos. Y no hay que tomar las cosas agenas tan á pecho. (Por María.)

CLÁUD. Se marchan todos; que me agrada, señor Renato. (Deja su asiento y lo verifica donde está Renato.)

LOR. Pero, Andrés, muévete, dáte prisa, cierra todos esos armarios y á la cama; yo esperaré los dos últimos trenes, y luego me iré tambien á dormir. Vamos, hombre.

AND. Espera, mujer, espera.

LOR. Ah! Señor Cláudio?

CLÁUD. Qué mandais?

LOR. Os vais á quedar aquí?

CLÁUD. Sí.

LOR. Pues si viene álguien ya hará el favor de avisarme.

AND. Buenas noches...

CLÁUD. Muy buenas, señor Andrés.

(Váse Andrés y la señora Loriol.)

ESCENA III.

RENATO.—CLAUDIO.

CLÁUD. Pues, sí, mi estimado señor; os repito que me agrada mucho nos hayan dejado solos, porque hay cosas que no debe saber todo el mundo.

REN. Hola, hola! (Qué será?)

CLÁUD. Yo sé mucho más de lo que os podeis figurar en el asunto de que venimos hablando.

REN. Sí, eh?

CLÁUD. Cañonazo de Brest! Sé tanto, que si me quereis creer, hasta la conciencia no la tengo muy tranquila.

REN. No os entiendo.

CLÁUD. La noche en que se cometió el asesinato, yo habia dejado mis barcas amarradas del lado de acá del Sena; la casa del señor Federico Baltus sabeis que tiene su apostadero frente al mio; pues bien: cuando desamarré mis barcas á la mañana siguiente, el nudo que las sujetaba no era igual al que yo habia hecho la noche antes...

REN. Pero eso...

CLÁUD. Esperad. Voto á San Telmo, mi patron! Aquella misma noche habia nevado muy copiosamente, y al quitar la que habia caido en mis barcas, observé las huellas muy marcadas de unas suelas y tacones de unas botas muy bien hechas y de piés muy pequeños.

REN. Hasta ahora...

CLÁUD. Y además encontré, dentro tambien de la misma barca, un objeto...

REN. Cómo!

CLÁUD. Un objeto, repito, que guardo mucho, y que segun mis cálculos...

REN. Vana quimera! Todos esos detalles de muy poco hubieran podido servir al Tribunal.

CLÁUD. Con que no!

REN. Es claro.

CLÁUD. Convenid conmigo, señor Renato, en que el hecho se cometió en el bosquecillo, algo frondoso, que hay antes de entrar en la casa del asesinado!

REN. Y qué?

CLÁUD. Que el matador tuvo necesidad de cruzar el Sena, y que se valió de mi barca.

REN. No deja de ser una suposicion.

CLÁUD. Es que el asesino á quien van á guillotinar, no tiene un pié como el pié de que os hablo.

REN. Razon de más para que el que pasó por vuestra barca, no lo fuera.

CLÁUD. Aún así y todo.

REN. Nada, Cláudio; todo eso, repito, no son más que fantasmagorías; suposiciones infundadas...

CLÁUD. Pero y el rewolver, de gran mérito segun dicen, que se encontró al lado del cadáver y que aparece en la causa como prueba de ser el arma homicida, y al que le falta...

REN. Otra bobada.

CLÁUD. Es que un rewolver de esas condiciones, no podia pertenecer á un mendigo; y... además yo sé, porque lo sé, vamos, que al señor Baltus no le mataron por robarle.

REN. Cómo!

CLÁUD. Le mataron para quitarle un pagaré falso que comprometia..., no sé á quién; eso sí que no lo sé, por que si no...

REN. Hola, hola! Yo ignoraba...

CLÁUD. Hay además la razon, de que el sentenciado no pudo disparar con tanto acierto.

REN. Y por qué no?

CLÁUD. Porque tiene paralizados el brazo y mano derecha.

REN. Vaya, vaya, señor Claudio. Os habeis vuelto loco con ese proceso, que, despues de todo, maldito lo que nos importa. (Levantándose.)

CLÁUD. Entonces, por qué habeis venido con tanta frecuencia con vuestro amigo señor Fabricio á saber?...

ESCENA IV.

DICHOS. — FABRICIO.

FAB. Calla! Se me nombraba.

REN. Fabricio!

FAB. Amigo Renato.

CLÁUD. Dios os guarde, señor Lecrere.

REN. (Hay cosas graves.)

FAB. (Cómo!)

REN. (Silencio, y salgamos de aquí!)

CLÁUD. Creíamos que no veníais...

FAB. Cómo habia yo de faltar...

REN. Con que vamos á...

FAB. Sí. (Qué ocurrirá!)

CLAUD. Es que la señora Loriol me tenia encargado que le avisase vuestra llegada.

FAB. Pues hacedme el favor de prevenirla, mientras mi amigo y yo... (Por las señas que furtivamente le habrá hecho Renato.)

REN. Señor Cláudio, echad en remojo vuestras sospechas y pruebas: já, já, já!

FAB. Buenas noches...

REN. Já, já, já!

CLÁUD. Já, já, já! Estúpidos! Estos señoritos de París

creen saber mucho, y despues de todo no hacen más que calaveradas y algunas otras cosas peores... Pues diga lo que diga, á mí no hay quien me quite de la cabeza, que cuando ménos hay otro cómplice, y que dia llegará en que se sepa. (Váse.)

ESCENA V.

SEÑORA LORIOL—JUANA.—EMMA.—DELARIVIERE.

LOR. Jesús, Dios mio! Qué desgracia! (Entrando por el foro en la habitacion de la derecha.) Por aquí, señor, por aquí. Cuidado con la puerta. Aquí estará el señor perfectamente. (Entran Delariviere, Emma, y Juana desmayada en brazos de Delariviere y otros.) Dónde se pone á la señora?

DEL. Por el momento, sobre el sofá.

EMMA. Madre de mi alma! (Vánse los que la trajeron.)

LOR. Desea el señor alguna cosa?... Serán servidos al momento; tengo manjares confortables, habitaciones confortables, servicio confortable; todo, todo es confortable.

DEL. No respira!

EMMA. Pobre madre mia!!

DEL. Un médico.

LOR. A escape, señorita, á escape, voy a traer el mejor que hay en el pueblo.

DEL. Pero pronto.

LOR. Volando; mas si el señor quiere tila, thé, algun refresco, jarabe...

DEL. El médico...

LOR. Voy, voy corriendo. (Váse.)

DEL. Qué desgracia, hija mia, qué desgracia!

EMMA. No te apures, papá; tal vez no sea nada.

DEL. Dios te oiga.

EMMA. Mamá?

DEL. Nada; ya lo ves, está yerta, cual si fuera un cadáver!

LOR. Señor, señor, ahí viene el médico.

DEL. Ah!

LOR. He tenido la suerte de encontrarle á la salida de casa. Pasad, doctor, pasad.

ESCENA VI.

DICHOS.—JORGE.

EMMA. (Dios mio! él!)
JORGE. (Emma aquí!)
DEL. Venid doctor.
EMMA. Recurrid á todo vuestro talento, y salvad á mi madre.
JORGE. (Su madre!) (Jorge reconoce á Juana.)
LOR. (Pobre señora! Qué guapa es!)
JORGE. Tranquilizáos, caballero, y vos tambien, señorita.
LOR. Sí, sí; tranquilizáos, señorita, y vos tambien, caballero. (Confundiendo los sexos.)
DEL. Qué me dices?
JORGE. En este momento...
LOR. (Es natural.) Yo voy á preparar las camas, señorita. (Loriol entra en la alcoba.)
JORGE. Desde cuándo se halla enferma esta señora?
EMMA. Una hora, poco más ó ménos.
DEL. Justamente. Mi esposa y yo veníamos de Nueva-York, y aunque hubiéramos podido hacer el viaje con gran tranquilidad, el deseo de ver y abrazar á nuestra hija...
JORGE. Y ha padecido alguna vez de estos accesos?
DEL. Dos ó tres.
JORGE. Y las causas?...
DEL. Algun disgustillo de familia...
JORGE. Que unidos á su temperamento, excesivamente nervioso é impresionable...
DEL. Justo, justo.
JORGE. Bueno. (Saca de uno de sus bolsillos una cajita y de la misma un frasquito pequeño.)
LOR. Ya están las camas listas. (Puerta.)
JORGE. Señora Loriol, un vaso de agua por la mitad y una cuchara.
LOR. Volando, señor, volando. (Váse.)

EMMA. Está grave, doctor?
JORGE. No...
DEL. Y será muy larga la enfermedad?...
JORGE. No tal; porque afortunadamente hemos acudido á tiempo; pero me hallo en el deber de haceros una advertencia muy importante. A todo trance evitad siempre á esta señora toda clase de emociones, por sencillas que sean.
DEL. Ah! Por eso...
LOR. Aquí está el vaso, y me voy al instante porque me esperan... (Trae un vaso de cristal con una cucharilla. Vernier echa unos globulillos dentro y la mueve.)
JORGE. Ahora, ayudadme á incorporarla. (Lo hacen. La dan la medicina.) Esperemos un momento.
DEL. Pobre Juana!
JUANA. Ah!!
JORGE. Se ha salvado.
DEL. Salvada!
EMMA. Madre!
JORGE. Silencio; es conveniente que ahora no oiga ni vea á nadie. Seria necesario ponerla sobre la cama.
DEL. Perdonad, doctor; mi hija y yo bastamos.
JORGE. Sin embargo...
DEL. No os molesteis. (La entran.)
JORGE. Son sus padres!... Oh! bendeciré siempre la hora y la casualidad feliz que me los ha hecho conocer.
DEL. Ya está.
JORGE. Ahora, caballero, seguid mi consejo: puesto que vuestra hija puede estar á su lado, salid, dad una vuelta por el pueblo, que os será muy higiénico.
DEL. Lo creeis así?
JORGE. Como médico os lo mando.
DEL. Entónces... (Se prepara para salir.)
EMMA. Te vas, papá?
DEL. Sí; me lo ordena el doctor; pero volveré pronto.
JORGE. Y mientras, vos cuidareis á vuestra señora madre.
EMMA. Pero volvereis á verla esta noche?

JORGE. Es mi deber. Señorita... (Saludando.) (Espérame.)
EMMA. Gracias, doctor...
DEL. Adios, hija mia. (Vánse.)

ESCENA VII.

EMMA, luego JORGE.

EMMA. El ha salvado á mi madre! Mi padre, agradecido al saber nuestro amor, no le rehusará por hijo. Oh! Cuán sábios son los designios de la Providencia!
JORGE. Emma querida!
EMMA. Jorge.
JORGE. Pretestando una visita á un enfermo he dejado á tu padre para poder estrecharte entre mis brazos y jurarte más que nunca mi puro y acendrado amor.
EMMA. Qué casualidad, Jorge!
JORGE. Feliz, muy feliz para mí por todos conceptos. De no haber sido así, quién sabe el tiempo que hubiera estado sin verte? La llegada de tus padres...
EMMA. Ha sido para mí tambien tan inesperada... Ah! Jorge mio, con que podré pagarte el haberla salvado?
JORGE. No olvidándome nunca.
EMMA. Olvidarte yo! Jamás. Pero vete; si volviera mi padre...
JORGE. Sí; te dejo, pero por corto tiempo. Adios, pues.
EMMA. No tardes! (Váse Jorge.) Qué bueno es, y cuánto le amo!
LOR. Id con Dios, señor Vernier. (Dentro.) Me alegro mucho, señorita. Ya me ha dicho el doctor...
EMMA. Gracias.
LOR. Hasta en la eleccion del médico habeis tenido suerte.
EMMA. De veras!
LOR. Como que es un sábio. Veis lo jóven que es? Pues todos, todos los otros tres del pueblo le

consultan. Pero, y vuestro padre? Estará cuidando á la señora, eh?

EMMA. No; ha salido, pero no creo que tarde.

LOR. Y yo me alegraré, porque en cuanto regrese, me acuesto; dentro de muy pocas horas hemos de ver el espectáculo.

EMMA. Un espectáculo!

LOR. Pues ahí es nada. Van á guillotinar, á las cinco de la mañana, al asesino de Federico Baltús.

EMMA. Una ejecucion!

LOR. Pero muy bien merecida!

EMMA. Qué horror!

LOR. Por aquí, si sois aficionada á emociones, podreis verlo perfectísimamente.

EMMA. Oh! No. Eso es horrible!

LOR. Pues no podeis formaros una idea de la mucha gente que de todas partes ha venido.

EMMA. Pues yo os aseguro, que ni aun por casualidad siquiera he de asomarme.

VOZ. Señora Loriol? (Dentro.)

LOR. Allá voy. Con vuestro permiso. Esta casa, si no fuese por mí, estaria perdida. Dios me ha dado un marido tan posma, y sobre todo tan charlatan. Con que hasta despues, señorita.

EMMA. Id con Dios. Pobre mujer! Critica á su marido!...

ESCENA VIII.

DICHA.—DELARIVIERE.—FABRICIO.—RENATO.

DEL. Y tu madre?

EMMA. Durmiendo aún.

DEL. Te presento á tu primo Fabricio Lecrere, hijo de mi querida hermana; y á su buen amigo el señor Renato, agente de Bolsa y principal hoy de mi sobrino, á quienes he tenido la suerte de encontrar á la entrada de este hotel.

FAB. Prima!

EMMA. Fabricio! Caballero!...

DEL. Voy un momento, con vuestro permiso, á ver á

Juana. (Váse. Se sientan Emma, Renato y Fabricio.)

FAB. Conque tan grave ha sido el accidente de vuestra señora mamá?

EMMA. Hemós temido muy fundadamente por su vida.

REN. Pero tambien, segun nos ha dicho vuestro señor papá, las consecuencias no serán fatales.

EMMA. Así, al ménos, nos lo asegura el médico.

DEL. Duerme tranquilamente. Oh! Cuánto he padecido en poco tiempo, querido Fabricio.

FAB. Lo comprendo.

EMMA. Papá, si estos caballeros me lo permiten, voy al lado de mamá. Querido primo... hasta luego. Caballero....

REN. Señorita, he tenido mucho honor...

EMMA. Gracias... (Váse.)

ESCENA IX.

DELARIVIERE.—FABRICIO.—RENATO.

DEL. Señor Jancelyn, nunca os agradeceré bastante el interés que por mi sobrino os habeis tomado.

REN. No creo haber hecho otra cosa que cumplir con los deberes que nos impone la amistad. Conocí á vuestro sobrino en época para él calamitosa, é hice lo que correspondia á aquellos amigos que le adulaban cuando nadaba en la abundancia.

DEL. Desengaño que habrá hecho sentar su cabeza.

FAB. Ah, querido tio! Podeis creerlo.

REN. (Te dejo solo para que aproveches la ocasion.) Señor Delariviere...

DEL. Qué! Os marchais?

REN. Sí; antes de acostarme, tengo que preparar alnas cosas.

DEL. Como gusteis...

REN, Hasta mañana.

DEL. Hasta mañana.

(Le acompaña hasta la puerta. Váse.)

FAB. Hasta luego. (Ay, tio, tio, tio! Te interpones en mi camino y quieres protejerme nuevamente; descuídate y verás qué paso lleva tu fortuna.)

DEL. Fabricio, desde hoy ya no nos separaremos más.

FAB. Lo que dispongais.

DEL. Y como mi determinacion estaba ya tomada de antemano, si es que vivias y te encontraba retirado ya de los negocios y establecido en París, como pienso tú irás, hecha que sea mi liquidacion en la casa que aún tengo en Nueva-York con otros amigos, irás, repito, á reemplazarme allá, aportando, como capital tuyo, tres millones que te daré.

FAB. Yo poseedor de esa respetable cantidad, debida á vuestro cariño... No, querido tio; vos teneis obligaciones sagradas, y...

DEL. No hablemos más de eso; mi fortuna asciende á unos diez y ocho...

FAB. (Diez y ocho!)

DEL. He trabajado mucho, hijo mio, mucho, y Dios, que nunca me abandonó, ha querido que ántes de morir vea realizadas todas las aspiraciones de mi vida, porque ya soy viudo!

FAB. Murió mi tia!

DEL. Hace ocho meses.

FAB. (Muerta aquella!...)

DEL. Dios la haya perdonado, la deshonra que arrojó sobre mi nombre, huyendo con aquel infame...

FAB. De modo que, segun se desprende de vuestras palabras, habiendo desaparecido el obstáculo que os impedia dar vuestro nombre á Juana, lo llevareis efecto?

DEL. Reconociendo y legalizando la situacion de mi pobre Emma, que hasta ahora todo lo ignora.

FAB. (Diez y ocho millones!)

DEL. Las virtudes de Juana, que son muchas, Fabricio, muchas; sus cuidados y abnegaciones mil para conmigo; su deshonra, que yo engañándola, fingiéndome soltero, la causé, merecen una recompensa, y por mi parte la tranquilidad de mi conciencia. Creo que aplaudirás mi determinacion?

FAB. Con toda la efusion de mi alma.

DEL. Así me gusta, así... Pero engolfados en nuestra conversacion, no he tenido en cuenta que tu protector y amigo te espera, y...

FAB. No importa.

DEL. No hijo mio, no; la gratitad, antes que todo. Mañana hablaremos más despació; te espero temprano.

FAB. Vendré. (Si no se casa, puedo ser el dueño de esos diez y ocho millones! Alerta y ánimo, Fabricio!) (Váse.)

ESCENA X.

DELARIVIERE, luego JORGE. Voces fuera.

DEL. Es otro hombre! Tan otro, que hasta sus maneras son distintas.

JORGE. Señor Delariviere?

DEL. Oh, doctor!

JORGE. Prometí volveros á ver, y lo cumplo, aunque más tarde...

DEL. Explicaciones... Nada de eso.

JORGE. Sin embargo, al llegar á mi casa encontré este telégrama, en que se me anuncia corra al lado de mi querido padre, porque se halla espirante.

DEL. Espirante!

JORGE. Por desgracia mia; y ya comprendereis que el deber me llama inmediatamente á su lado.

DEL. Es verdad.

JORGE. Si, como no espero, la enfermedad de vuestra esposa necesitára de los auxilios de la ciencia, queda recomendada á un compañero que mañana, á primera hora, vendrá.

(Se oyen fuera martillazos.)

DEL. Gracias por vuestros desvelos.

JORGE. Seguirá el sueño de la enferma?

DEL. Profundamente aún. Quereis entrar?...

JORGE. No; ese sueño reparador que la doblega, es muy conveniente. Y esa señorita?

DEL. Descansando tambien.

JORGE. Tened la bondad de ofrecerla mis respetos, y con vuestro permiso...

DEL. Tan pronto?

JORGE. La silla de postas que ha de conducirme, me espera.

DEL. Pues buen viaje, y Dios haga que nos volvamos á ver muy pronto.

JORGE. Así sea. (Váse.)

DEL. Qué es eso? (Continúan los martillazos. Murmullos.) Estarán quizás levantando el patíbulo para el desgraciado de quien me habló mi sobrino. Justo! La plaza parece ya un hormiguero y aún no es la hora. (Antes de decir «Justo» habrá abierto parte de la ventana, apercibiendo el público luces, producidas por antorchas.) Ah! Qué malos somos! Parece una romería! Pobre hombre!.. (Durante esto último, se habrá reclinado en el sofá, despues de cerrar la ventana.) Estoy rendido; tengo pesadez en los párpados... Es natural, el disgusto, el cansancio y... (Murmullos fuera.) No quisiera dormir, y sin embargo... Juana!... Fabricio!... (Aumentan los murmullos.) Qué pesada tengo la cabeza... Mis ojos se cierran... (Se oye fuera y léjos el redoble de un tambor.)

ESCENA XI.

DICHO.—CLÁUDIO, luego JUANA, despues EMMA y últimamente MARÍA.

CLÁUD. Cañonazo de Brest! Debe ser ya muy tarde! Que yo he oido ruido en la plaza, no me cabe duda. (Voces.) No lo dije! (El redoble continuado se oye más cerca.) Voto á mi patron! Ese es el redoble del piquete que conduce al reo. (Redoble.) Sí... no hay duda! Vamos, vamos á la plaza. (Váse.)

VOCES. Ya, ya viene el reo. (Murmullos fuera.)

JUANA. Dios mio! Dónde estoy! Mauricio! Duerme!.. No recuerdo! Ese ruido!... (Martillazos.) Esas voces!... Qué será? Estoy temblando!... (Abre el balcon, se asoma y tras él y á la luz de las antorchas, verá el público mucha gente y el patíbulo. Redobles.) Cielos! Un cadalso! Cuánta gente! El

coche celular! De él baja un hombre!... Desgraciado!

MARÍA. Dios mio! Ah! (Grito fuerte fuera. Murmullos fuertes tambien.)

JUANA. Cielos! Esa voz!... Una mujer se ha desmayado!... La rodean!... No distingo! El verdugo! Un sacerdote! El reo sube la fatal escalera! Madre mia, madre mia! Qué es esto? Mi corazon quiere salirse de su centro!... Parece jóven aún!... Jesús!

VOZ. Muero inocente! (Grito dentro.)

JUANA. Ah!

DEL. Gran Dios! Juana!

JUANA. El! Es él!

EMMA. Ese grito! Ah! Mi madre!

DEL. Hija!

JUANA. Muere! Lo habeis oido? Muere, pero inocente!

DEL. Dios santo! Juana, Juana!

JUANA. Sí, sí, le he visto, era él; él!... Inocente! Ah!! Já, já, já, já! (Cae desmayada. Por la puerta del foro, pero en la hostería, aparece María traida por un grupo de gente del pueblo, entre ellos Pasagero 1.° y Cláudio.)

PAS. 1.° Señora María!

MARÍA. Dejadme, dejadme, quiero verlo.

CLÁUD. Pero decidnos!. . .

PAS. 1.° Hablad.

MARÍA. Era él!

CLÁUD. Concluyamos!

MARÍA. Pobre padre! Hijo de mi alma! (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO SEGUNDO.

El médico de las locas.

Gabinete lujosamente amueblado, con sillones, butacas, sofás, etcétera, etc. Mesa de despacho, lujosa tambien. Puerta al foro y lateral derecha. Sobre la mesa, libros, dos de ellos de gran tamaño, papeles y recado de escribir. Al lado de la mesa una papelera y sobre la mesa un cuadro grande representando lo que se quiera, pero que sirva para ocultar una hendidura que habrá en la pared, cubierta y con cerradura; la cual, al abrirse, dejará ver varios tatarretes, botellas y frascos de diferentes colores y tamaños. Al levantarse el telon aparecen en escena el Doctor Rittner y Renato, sentados; el primero en el sillon que habrá trás la mesa, y el segundo sentado frente al Doctor.

ESCENA PRIMERA.

DOCTOR RITTNER.—RENATO.

RITT. Con que decíais, mi querido Renato, que ese Cláudio Morteau os ha dicho que tiene en su poder ciertas cosas que pueden aun comprometernos en el negocio de Melun, que felizmente creíamos ya terminado?...

REN. Cierto; y no me extrañaria que el marino de agua dulce dijera verdad.

RITT. Luego convendreis conmigo que á ese Cláudio Marteau tendremos que suprimirle...

REN. No diré tanto, porque ya sabeis que en nuestros negocios sociales no soy partidario de la efusion de sangre; pero se me ha ocurrido un medio y

este es, que Fabricio llame al servicio de su tio á ese marino, y ya en su casa, registrándole sigilosamente todos sus enseres y ropas...

RITT. Y respecto á los amores de Fabricio?

REN. Con Paula Balvís?

RITT. Justamente. Nada ha conseguido aún?

REN. Unicamente esperanzas más ó ménos halagüeñas.

RITT. Hay, pues, que cercar la plaza é intimarla á una completa rendicion.

REN. Eso mismo hemos determinado Fabricio y yo. Así, al ménos, me lo ha prometido.

RITT. Y lo cumplirá; tiene algun respeto á nuestras advertencias.

REN. Y miedo.

RITT. Oh! Si no fuera por eso...

REN. Hubiera dado cualquier cosa porque hubiéseis presenciado el encuentro en Melún de tio y sobrino; poco le faltó para llorar. Já! Já!

RITT. Me lo figuro.

REN. Diez y ocho millones, amigo mio!

RITT. Cifra soberbia que hace palpitar de alegría mi ya empedernido corazon Pero lo que no acierto aún á comprender, es cómo ese bendito señor, conociendo á Fabricio, le ha manifestado de buenas á primeras...

REN. Engulléndose tan fácilmente aquello de que yo era agente de Bolsa y protector de Fabricio, despues de su ruina. Já! Já! Já! Por estúpido merecia...

RITT. Quereis más castigo que haber caido en nuestras garras. Pobre diablo!... Mas ahora pasemos á otra cosa. Hace cinco años que vos, de familia pobre, pero honrada, os dedicásteis, por indicacion mia, á especular, falsificando cuanto pudiera ser objeto de falsificacion.

REN. A dónde vais á parar?...

RITT. Fabricio Lecrere, rico, calavera, amigo como vos, de gastar y triunfar alegremente, con mujeres y juego, y de familia distinguida y honrada, se asoció á nosotros al verse arruinado, entrampado y casi á las puertas de la cárcel: no eso?

REN. Seguid.

RITT. Y por último, yo, médico y por añadidura químico especialista, filósofo y pensador, formé el triunvirato que era necesario á nuestras aspiraciones, para que, si como ha sucedido, teníamos la suerte de acaparar algunos negocios, nos retirásemos á la *vita bona* al cabo de algun tiempo con nuestra honra sin mancilla y nuestros bolsillos bien repletos.

REN. Ese fué nuestro pensamiento.

RITT. Pues amigo mio, por mi parte creo que ha llegado el momento de que disolvamos la sociedad y liquidemos.

REN. Qué decís?...

RITT. Que satisfecho ya con lo ganado y con lo que tenemos entre manos, pretendo, mejor dicho, quiero vivir tranquilo y no exponer por miles de francos más ó ménos mi honra y mi pescuezo, á las toscas manos del verdugo.

REN. Y cuándo pensais liquidar?

RITT. Tan pronto como hayais concluido los trabajos que os tengo encomendados y que la tia y... hasta la prima de Fabricio, se hallen rejas adentro de esta casa.

REN. Tambien la prima?...

RITT. Y sin cuya precisa circunstancia esos millones no serán nuestros, os lo aseguro.

REN. Y cuánto tiempo necesitaremos?..

RITT. Un mes próximamente.

REN. Pensais segun eso, deshaceros de esta casa.

RITT. Y tengo ya comprador, que sólo desea la escritura de venta para firmarla.

REN. Eso se llama ser precavido hasta la exageracion.

RITT. Todo es poco, mi querido Renato.

REN. Pues tened la bondad de darme otro frasquito de aquel magnífico reactivo, y mañana, cuando honreis mi humilde casa y taller, os enseñaré las pruebas de un negocio que ha de redondearnos.

RITT. Ahora mismo. (Descuelga el cuadro, abre el hueco de la pared, dejándose ver los diferentes frascos que se enumeraron.)

REN. Magnífico escondite!...

RITT. Aquí teneis, mi querido amigo, desde las sustancias vegetales más ricas y codiciadas, hasta los productos químicos más necesarios, como narcóticos, venenos, etc., etc.; todo, todo se halla aquí. (Suenan las tres campanillas.) Toma el frasco.

REN. Magnífico! Conque, mi querido doctor, conformes ya en todo, me voy á trabajar, y hasta mañana.

RITT. Salud y buena suerte. (Váse Renato.) Hola! Alguien entra. (Se oyen varios timbres.) Si será Fabricio!... La idea de ese negocio, me entusiasma!

ESCENA II.

DICHO.—FRANTZ, luego DELARIVIERE.—EMMA.—JUANA.
FABRICIO.

FRANTZ. El señor Lecrere, con dos señoras y otro caballero, desean su permiso para entrar.

RITT. Que pasen. (Entran Delariviere, Emma y Juana, ésta indicando en su cara y desórden su locura, y apoyada en los otros; detrás Fabricio, que al ver al Doctor le hará una seña de inteligencia muy perceptible para el público.)

FAB. Pasad delante, mi querido tio.

RITT. (Ah!) (Señal de asentimiento al ver las de Fabricio.) A qué debo el honor?...

FAB. A una desgracia bien terrible por cierto. Mirad.

EMMA. Pobre madre mia!

RITT. Con efecto, que...

FAB. La celebridad que en todo París tiene vuestra casa de salud, ha inducido á mi señor tio á traérosla, rogándoos muy encarecidamente que la acepteis... para... su curacion. (Remarcando estas últimas frases.)

RITT. Os doy las gracias, caballero. Luego esta señora es por consiguiente...

DEL. Mi esposa. Ah, caballero! Voy á depositaros uno

de los séres más queridos de mi vida. (Rittner se aproxima á la enferma que habian al entrar sentado en una butaca, y la examina.)

RITT. Estupor absoluto...

EMMA. Madre querida!

RITT. Y desde cuándo está así esta señora?

FAB. Desde hace dos dias.

RITT. Y anteriormente?...

DEL. Jamás ha tenido síntoma alguno de la enagenacion mental.

RITT. Es extraño! Mas para ponerse en este estado es indudable que algun acontecimiento fuerte, impresionable, violentísimo...

DEL. Con efecto...

FAB. Sí, impensadamente, mi tio tuvo que detenerse en Melún por indisposicion de mi tia, y presenció la ejecucion que hace dos dias se verificó y de la que debeis haber oido hablar...

RITT. En Melún! Ah, sí; tengo así un vago recuerdo!... (Debiéramos haber hablado antes de haberla traido.)

FAB. (Obrad como os plazca.)

RITT. Y creeis que esa sola sea la causa?...

DEL. La única.

RITT. No me explico... Porque, aun suponiendo en esta señora una gran debilidad de fuerzas físicas y morales, la sola ejecucion... Sabeis, caballero, si el víctima era conocido de esta señora?

EMMA. Conocido!

FAB. Imposible.

DEL. Cómo, podeis admitir?...

RITT. No he querido ofenderos, caballero; mi deber es buscar, inquirir; necesito antecedentes para hacer luz entre tanta oscuridad. Y qué edad tiene esta señora?

DEL. Treinta y cinco años.

RITT. Bien.—Frantz?

FRANTZ. Señor.

RITT. Anotad en el libro de entrada.

FAB. Aquí teneis de antemano escritos todos los antecedentes que debeis necesitar.

RITT. Muy bien. Desde luego puedo casi aseguraros que vuestra esposa será curada.

EMMA. Dios mio! Será cierto?

DEL. Ah caballero! Mi reconocimiento será eterno.

FAB. Tanto como el mio, doctor. Pobre tia!

RITT. (Tunante!)

FRANTZ. Ya está. (Váse.)

DEL. Ahora, caballero, nos queda un asunto que tratar; los honorarios...

RITT. Es indiferente.

FAB. Cierto; mañana vendré yo para que el doctor me dé noticias de mi querida tia, y al mismo tiempo arreglaremos eso.

RITT. Cuando gusteis.

DEL. Y tener que separarme de ella!

EMMA. Madre!

FAB. Prima, tio! (Queriéndolos separar del lado de Juana.)

DEL. Juana de mi alma!

RITT. Valor, caballero; ánimo, señorita; estos son accidentes terribles de la vida humana, que hay que sufrir con resignacion.

FAB. Vamos, querido tio, sed fuerte; considerad que no estais solo en el mundo; que mi prima sufre doblemente viéndoos así, y que yo no tengo á nadie más que á vos...

DEL. Es verdad!

EMMA. Adios, y quizás para siempre! (Besándola.)

RITT. Señorita...

JUANA. Ah!...

DEL. Juana!

EMMA. Dios mio!

FAB. Tio! Prima! (Separándolos del lado de Juana.)

RITT. Dejarla sola! Va á producirse una crísis, no sabemos, si violenta y es necesario precavernos.

JUANA. No ois?... Sí, sí: Son martillazos!... Otra vez!.. Ah!... Clavan la terrible máquina!... Esos murmullos! Cuánta gente!... Mauricio, Mauricio? No oyes?... No ves?...

DEL. Desgraciada!

EMMA. Oh!...

JUANA. Sí, sí; allí hay un cadalso... Le veo, al reflejo de la luz de las antorchas... Soldados!... De un coche baja un hombre!.. No le distingo!... Quiero verle, quiero verle!.. Ah!... Es él!

RITT. (Esta es la ocasion.) Juana, Juana, quién es ese hombre? (Agarrándola las manos é imponiéndola.)
JUANA. Oh! Dejadme, dejadme.
RITT. No; necesito saber quién es; lo quiero, lo mando.
DEL. Qué lucha tan terrible!
EMMA. Pobre madre!
RITT. Juana, cómo se llama ese hombre?...
JUANA. Su nombre! Ah! Sí, sí; esperad, esperad...
RITT. Vamos?...
JUANA. Es él!
RITT. Pero respondedme. Cómo se llama? Quién es?..
JUANA. Cómo se llama?...
RITT. Sí. Decídmelo. Os lo mando!...
JUANA. Su nombre! Sí, sí!... Ah!... Ah!... Já! já! já! já!
RITT. Inútil tentativa!
EMMA. Dios mio!
DEL. Infeliz!
FAB. (Mios serán los diez y ocho millones de mi tio.)

CUADRO TERCERO.

Amor y venganza.

Gabinete elegantemente dispuesto. Puerta al foro. Sillones, butacas, colgaduras de color oscuro, formando juego con todo el mobilario. A la izquierda del actor, y sobre una mesa, un cuadro, rodeado y cubierto con un crespon negro.

ESCENA III.

JUAN.—PAULA. (Paula aparece llorando sentada en una butaca.)

JUAN. Vamos, señorita Paula; dejad para siempre esta habitacion, y ese llanto que afluye constantemente á vuestros ojos...
PAULA. Gracias, Juan, gracias, por tus asíduos consuelos. Pero como; cómo es posible que ni un momento pueda olvidar á mi desgraciado herma-

no? Oh, Juan! Hay heridas terribles que no pueden cicatrizarse jamás.

JUAN. Sin embargo, debeis comprender, que aun las naturalezas más privilegiadas suelen morir tambien cuando tan constantemente se entregan á la afliccion. Además; para esa lucha que quereis sostener contra ese sér desconocido, necesitais fuerzas físicas bastantes y que vuestra imaginacion esté tranquila.

PAULA. Oh! sí. Esa idea es la única que me da valor y fuerzas. Sí, Juan, sí; los jueces, en su conciencia, han encontrado en ese Pedro, cuya historia se ignora aún, al verdadero criminal; pero la mia, los impulsos de mi corazon, que jamás se engañó, y la voz de mi hermano que constantemente me repite: inquiere, inquiere, hermana mia; mira que no es ese hombre quien me arrebató traidoramente de tu lado, no, que es otro; otro que se halla escudado quizás en su posicion social, quizás en su audacia. Ah! Y que yo le encontraré, tambien mi corazon me lo predice. (Se oye lejos una campanilla.) Han llamado.

JUAN. En la puerta del parque. Recibís hoy?..,

PAULA. Sí, que pase quien sea. (Váse Juan,) Quién podrá ser? Si Fabricio... no, aún es temprano, y...

JUAN. El señor doctor Vernier... (Váse Juan,)

ESCENA IV.

JORGE VERNIER.—PAULA.

JORGE. Respetable amiga, dispensadme.

PAULA. Por qué, doctor? En mi casa sois siempre, y á todas horas, bien recibido.

JORGE. Sin embargo, como vengo á turbar vuestro reposo, aún más de lo que há tiempo le teneis...

PAULA. Qué decís?...

JORGE. Ay, amiga mia! Vengo á anunciaros una terrible desgracia, que á ambos nos afecta y que no puedo explicármela.

PAULA. Cómo! Hablad, por Dios.

JORGE. Ya sabeis, y perdonadme este recuerdo, que hace dos dias ejecutaron...

PAULA. Al que han supuesto asesino de mi hermano; seguid.

JORGE. La víspera de la ejecucion, y por la noche, fuí llamado perentoriamente al hotel del Gran Ciervo, para asistir á una señora, que, en compañía de su esposo y una hija, habian tenido necesidad de detenerse en Melún.

PAULA. Continuad...

JORGE. Acudí apresuradamente, y cuál no seria mi sorpresa, triste y agradable al mismo tiempo, reconociendo en la enferma la madre de vuestra íntima y querida amiga Emma.

PAULA. La madre de Emma! Oh! Concluid, por Dios, porque en vuestro acento, en vuestro semblante, creo preveer una catástrofe.

JORGE. Lo habeis adivinado. La madre de Emma ha perdido la razon

PAULA. Loca!

JORGE. Por desgracia!

PAULA. Pero, y la causa?...

JORGE. La ejecucion de aquel desgraciado.

PAULA. Qué habeis dicho!

JORGE. Pero por si no fuera bastante este terrible contratiempo á mis amores; como yo en esa misma noche recibí un parte de mi familia llamándome en auxilio de mi padre moribundo, me puse en camino, he estado allí hasta ayer noche, que le dejé fuera de peligro, y al regresar, no sólo he sabido lo que os acabo de contar, sino que cuantos pasos he dado y cuantas preguntas he hecho para saber el paradero de Emma y sus padres, han sido inútiles.

PAULA. Es posible!

JORGE. Solo he sabido que marcharon á París.

PAULA. Pero no os han dejado...

JORGE. Ni el más insignificante recado de atencion.

PAULA. Es extraño! Sin embargo, la desgracia que los afligia...

JORGE. Pero ella, Emma, sabiendo cuánto y cuánto la adoro, ha debido... Oh! Estoy loco, desesperado.

PAULA. Loco, decís?... Y en verdad que lo que á ambos nos sucede es para estarlo; yo en este momento os aseguro que no sé, ni aún si estoy despierta ó soñando. La madre de Emma, loca por haber visto la ejecucion de aquel desgraciado; una mujer, segun me han dicho, cuya clase y circunstancias ignoro aún, al ver al reo, pronunció un grito terrible, cuyo eco hizo, segun dicen, que aquel desgraciado, apartando la vista del crucifijo que el sacerdote le enseñaba, fijase ardientemente su mirada hácia el sitio de donde salió aquel.

(Se oyen fuera y lejano, ladridos de un perro.)

JORGE. Qué decís?.,.

PAULA. Ambas cosas tienen, pues, conexion; esa mujer y la madre de Emma debieron reconocer en el reo á alguna persona querida. Esto es para volverse locos.

JORGE. Oh! Callad, Paula, callad... Qué idea!

PAULA. Coincidimos! Sí, doctor, sí; esos dos hechos no son casuales,

JORGE. Segun me han asegurado, la esposa de Delariviere, en su locura, pronuncia las frases de... El, es él!

PAULA. Eso dice!... Ah! Hay que buscarlos á todo trance, doctor.

JORGE. Sí, sí.

PAULA. Me ayudareis, no es verdad? (Más cerca los ladridos del perro.)

JORGE. Contad conmigo.

ESCENA V.

JORGE.—PAULA.--FABRICIO.—JUAN.

JUAN. Quieto, Fox!... (Dentro.)

PAULA. Quién será?... Ah, Fabricio!

FAB. El mismo, que he escapado de los dientes de vuestro Fox, gracias á la intervencion de Juan. Oh! si no fuera por el gran cariño que le profesais como recuerdo de vuestro hermano...

PAULA. Es mucho animal! De todas cuantas personas entran en casa, á ninguna acomete sino á vos...

JORGE. Es raro!

PAULA. Y sólo desde la muerte de mi hermano...

FAB. Manías de animales ..

PAULA. Doctor, os presento á uno de mis más verdaderos y leales amigos, el señor de Lecrere... El doctor Jorge Vernier...

FAB. (Qué será esto!) Caballero...

PAULA. Habeis llegado, amigo mio, en momento tan oportuno, que nos podreis ayudar con vuestra reconocida inteligencia á descifrar un enigma.

FAB. Un enigma! (Fabricio, en guardia.)

PAULA. Ante todo, decidme: habeis estado en Melún presenciando la ejecucion?...

FAB. (A dónde irá á parar!) Aunque poco aficionado á esos espectáculos, como se trataba del asesino de mi mejor amigo, y como, por otra parte, suponia que al venir á tener el gusto de veros me haríais preguntas, queria dároslas fidedignas.

PAULA. Entónces, como todo el mundo, oiríais el grito angustioso y desgarrador pronunciado por una mujer que se desmayó en la plaza de Melún.

FAB. No... no me apercibí.

PAULA. Pero sí habreis oido hablar de la repentina locura de una señora, que, en union de su esposo é hija pararon, por casualidad, en el hotel del Gran Ciervo aquella noche?

FAB. No... Tambien ignoro ese hecho.

PAULA. Tambien ignorais eso?...

FAB. No tiene nada de particular...

JORGE. Justamente.

PAULA. Pero no vais siempre á parar á ese hotel?

FAB. Con efecto: como tambien lo es, que estuve ese dia; pero la noche antes á la de la ejecucion, un amigo á quien por casualidad encontré y que paraba en otro, al ver la estrechez en que estaba en el mio por efecto de la mucha gente que en él habia, me invitó al suyo; acudí, y con él pasé las horas todas de mi estancia en Melún.

PAULA. De manera, mi querido doctor, que nos encontramos tan á ciegas como estábamos.

JORGE. Igual.

FAB. Y podré saber, si no soy impertinente, qué enigma es ese, que tan preocupada tenia la imaginacion de ambos?...

JORGE. Pues, muy sencillo; que en ambas cosas cree esta señorita encontrar conexion con el asesinato de su hermano.

FAB. Con lo cual no adelanta otra cosa más que tener abierta la herida que en su alma le causó aquel suceso y olvidar á los amigos, que, cual yo, padecen y sufren al par que ella.

PAULA. Es mi manía.

JORGE. Con vuestro permiso...

PAULA. Os vais ya, doctor?...

JORGE. Sí; tengo que hacer, y sobre todo averiguar aquello otro de que hemos hablado.

FAB. (Aquello otro! Qué será?...)

PAULA. Como gusteis.

JORGE. Vendré á veros, si tengo alguna buena noticia que comunicaros...

PAULA. Que la deseo tanto como vos.

JORGE. Caballero...

FAB. Servidor vuestro.

JORGE. (No sé por qué no me gusta este hombre!) (Váse)

FAB. (Procuraré con sagacidad...)

ESCENA VI.

FABRICIO.—PAULA.

FAB. Ya que tengo la dicha de encontrarme á solas con vos, os diré, Paula, que envidio á ese jóven, siquiera sea por la confianza que os inspira... (Veamos.)

PAULA. No adivino...

FAB. Esa confianza indica...

PAULA. Nada de lo que presumo que vuestra imaginacion sospecha...

FAB. Luego me habeis comprendido?...

PAULA. No se necesita mucho para adivinar...

FAB. Y si eso es así, por qué, querida Paula, no he

de ser yo para vos tan digno de confianza?

PAULA. Y quién os la niega? Se trata de la enfermedad que aqueja á la mamá de la mujer que adora, que es una amiga mia, y á ambos nos interesa.

FAB. No me engañais?...

PAULA. Dudais de mi veracidad?...

FAB. No, Paula, no; lo que tengo son celos terribles que me destrozan el corazon! Si al ménos me hubiéseis dado la más insignificante prueba de afecto, ya que no de vuestro amor ..

PAULA. Fabricio, ya os lo he dicho várias veces; dudo y temo.

FAB. Dudar!

PAULA. Y cómo no, si vuestra vida ha sido tan borrascosa; cómo convencerme, aun dando crédito á vuestras palabras, de que vuestra conducta es ya otra, de que no ha quedado chispa alguna entre tantas cenizas! Oh! sí; esta idea me hace dudar, repito, porque siendo tambien egoista de amor, temo un terrible desengaño.

FAB. Paula, á la verdad que sois bien injusta, suponiéndome tan perverso.

PAULA. Fabricio, que poseeis mi corazon, lo sabeis há tiempo.

FAB. Pero es que deseo ardientemente que seais mi esposa.

PAULA. Lo seré muy pronto, Fabricio.

FAB. De veras? Oh, qué inmensa dicha! (Ya es mia.)

PAULA. Vuestro es mi corazon, repito, vuestra será tambien mi mano muy pronto; pero os exijo un juramento.

FAB. Un juramento! (Qué pretenderá?)

PAULA. Un instante. (Se adelanta, descorre el crespon que cubre el cuadro-retrato de su hermano.)

FAB. (Cielos! Serenidad, Fabricio.)

PAULA. Aproximáos.

FAB. (Tiemblo á pesar mio!) (Se aproxima,)

PAULA. Le recordais?...

FAB. Sí... (Me dá miedo!) (Ladridos del perro.)

JUAN. (Dentro.) Quieto, Fox...

PAULA. Otra vez el perro! (Es extraño!)

FAB. (Maldito animal!)

PAULA. Fabricio Lecrere, jurad ante Dios, ante el retrato de mi hermano y su querido recuerdo, que unido á mí me hareis dichosa, y vengareis tambien su muerte.

FAB. Venganza!... (Horror!)

PAULA. Jurad que, como yo, no descansareis ni un solo momento hasta que sepamos quién es el verdadero asesino.

FAB. Yo!...

PAULA. Qué decís?...

FAB. Yo juro. (En la puerta del foro aparece el perro, sujeto por Juan, en actitud el perro de arrojarse sobre Fabricio.)

JUAN. Fox!

FAB. Siempre él! (Saca un rewólver.)

PAULA. Qué haceis?...

FAB. El infierno te confunda. (Le pega un tiro.)

PAULA. Oh! Señor Lecrere? Sabíais que ese animal era el guardian de mi hermano, y hoy, en mi orfandad, el mio, y le habeis muerto?...

FAB. Sí; pero... (Qué imprudencia!...)

PAULA. Entónces, salid, salid de mi casa, y con vos, mi amor.

FAB. Paula, perdon!...

PAULA. Idos, pues, y para siempre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

Tres canallas.

Habitacion pobre, abohardillada; puerta al foro y lateral derecha. Varios cajones, piedras litográficas, reglas, compases. Una mesa de pino sobre la que habrá botellas, frascos, pinceles, buriles, etc. Sillas.

ESCENA PRIMERA.

RENATO. Al levantarse el telon aparece trabajando en la mesa.

REN. Al fin, antes que vengan mis queridos sócios, habré concluido los trabajos que ayer me encargó el doctor. Me parece oir pasos en el corredor... Escuchemos. (Escucha en la puerta de foro.) Si me espiasen! No es presumible, porque hace cuatro dias que vivo en esta casa... Se aproximan!... Se han parado!... Oh! Tiemblo á pesar mio!... Se acercan otra vez!... (Llaman.) Cielos! Quién podrá ser?... Aún es temprano para que el doctor y Fabricio vengan. (Vuelven á llamar.) Hombre prevenido... (Coje una pistola.) Quién vá?... (Llaman.)

MAT. Yo, Renato.

REN. La voz de mi hermana! Estraña visita! (Abre.)

ESCENA II.

DICHO.—MATILDE.

MAT. No me conocias?

REN. No podia suponer... Luego, como en estos barrios y aún en esta casa hay gente de tan mala catadura, maldita la confianza que me inspiran, y hay que estar siempre prevenidos.

MAT. Con efecto que...

REN. La economía, querida hermana, la economía; los tiempos no dan, aún trabajando dia y noche, para lo más preciso...

MAT. Pues tú, bien te diviertes y gastas, segun dicen..

REN. Psch! Gracias á los buenos amigos.

MAT. Amigos! Pues si todos son tan espléndidos como Fabricio... Yo, por mi parte, bien poco tengo que agradecerle. No me sucede lo mismo con Pablo. Oh!... Qué bueno es para mí! Y vamos á casarnos...

REN. Hola, hola!

MAT. El mes que viene.

REN. Me alegro.

MAT. Ya hemos puesto casa en la calle Rocher, hotel número dos.

REN. Vives en hotel!

MAT. Que me ha comprado...

REN. Bravo! No creia yo que llegaria á tener una hermana propietaria.

MAT. Es muy rico, y sobre todo tiene un corazon de oro. Qué quieres, le he tomado tal afecto que, si por cualquier incidente, su amor me faltára, seria capaz hasta del suicidio.

REN. Del!... Já, já, já! Estás heróica.

MAT. Ríete, búrlate; pero te digo la verdad.

REN. Que sea enhorabuena.

MAT. Y qué bueno es para mí! Figúrate que despues de los cuantiosos desembolsos que últimamente ha hecho, ayer, paseándonos por el boulevar de

los Italianos, llamó mi atencion un magnífico aderezo que se halla expuesto en la joyería del señor Leroyer. Quiso al momento comprármelo; pero no llevaba bastante dinero encima, y hoy por la mañana, y bien temprano, me ha mandado con uno de sus criados este pagaré contra su banquero para que, haciéndole efectivo, compre el aderezo, y este es el objeto de mi venida.

REN. El pagaré?

MAT. Sí; como está á mi nombre y órden no quiero presentarme á hacerle efectivo por razones de delicadeza que comprenderás; me acordé de tí, y creo que no te me negarás.

REN. (Ah!) Cómo es posible!... Y es de mucha cantidad?

MAT. Cinco mil francos.

REN. Te lo cobraré; pero hoy mismo no, por que tengo que concluir un trabajo que me ocupará todo el dia.

MAT. Me es igual.

REN. En ese caso, aquí tienes pluma y tinta, endosámelo. (Matilde escribe.) (Cinco mil...) (Pensativo.)

MAT. Ahí le tienes.

REN. Muy bien. Pues nada, cuenta con que mañana, á primera hora, tendrás en tu poder el dinero.

MAT. Y almorzarás conmigo.

REN. Tanta honra, señora propietaria...

MAT. Que te espero. Adios.

REN. Adios, querida Matilde. (Váse Matilde.) La suerte no puede serme más propicia: adelante, Renato, adelante.

ESCENA III.

DICHO.—Luego RITTNER.—FABRICIO.

REN. Cinco mil francos que yo convertiré en cincuenta mil! Magnífico; la operacion no puede ser más sencilla!... Pero y si llega á descubrirse!... Quién se apura! Tal vez, cuando Pablo se ente-

re, yo estaré muchas leguas de París, y en último resultado, ahí está mi hermana de editora responsable. (Llaman, dando tres golpes.) Ah! estos sí que son mis dos sócios. (Ábre.) Adelante, mis buenos amigos.

RITT. Salud, querido cofrade.

FAB. El cielo os guarde.

RITT. Os traemos muchas y grandes novedades.

REN. Que habrá necesidad de remojarlas con cerveza.

FAB. Que me agrada.

RITT. Santa palabra.

(Renato entra, y saca botellas y vasos.)

FAB. Magnífico taller!

RITT. O por otro nombre, fabricacion especial de monedas y billetes...

REN. Escancio, y sepamos esas muchas y grandes novedades.

(Se sientan, y beben.)

FAB. A nuestra fortuna!

RITT. Sea.

REN. Bien que lo merece.

RITT. En primer lugar, amigo Renato, saludad como se merece al casi ya heredero del señor Mauricio de Lariviere, banquero en Nueva-York... (Con afectacion cómica.)

REN. Teneis toda mi estimacion, caballero.

FAB. Gracias.

RITT. Esta noche, y en compañía de su señor tio, se nos marcha allá, aunque por muy poco tiempo.

REN. Se marcha Fabricio!

FAB. No hay otro remedio.

RITT. Su señor tio ha recibido un telégrama en el cual se le participa la muerte repentina de su sócio, y por esta causa su presencia se hace allí necesaria, y como el sobrino es ya el cuerpo y el alma del tio...

REN. Tan pronto!

RITT. Es un hecho fuera de toda duda, como tambien lo es el de que la señorita Emma Tallandier entrará esta tarde de pensionista en mi casa de Salud, para estar más cerca de su mamá y

donde un muy amigo suyo se encargará de suprimir por completo á ambas.

FAB. Já, já, já!

REN. Estoy perplejo, al ver cómo se precipitan los sucesos.

RITT. Y lo que teneis que advertir es, que se nos vienen á las manos sin forzarlos.

REN. Pero, y vuestra prima?...

FAB. Ha sido la que tenazmente se ha opuesto á acompañarnos.

REN. De manera, que para que nos posesionemos de los diez y ocho millones, sólo nos falta...

FAB. Que durante mi ausencia, el doctor se encargue de cumplir su promesa, que yo, por mi parte, al saber mi tio en Nueva-York la fatal nueva, le obligaré de grado ó por fuerza á que me haga, mejor dicho, á que nos haga sus herederos universales.

REN. Y del marinero de agua dulce, qué me decís?

FAB. Que catequizado por mi imponderable Lorenzo, hoy mismo se presentará en casa de mi tio, se pondrá al frente de la flotilla que le he hecho comprar, y si es verdad que tiene pruebas que puedan comprometernos por el negocio de Melun, de grado ó por fuerza, tambien las entregará.

RITT. Ah! Se nos olvidaba comunicaros otra nueva, algun tanto desagradable.

REN. Desagradable!

RITT. Y no poco, por las consecuencias que pueda traernos. Fabricio dió ayer muerte al perro aquel tan famoso que habia en la casa de Paula-Baltús.

REN. Mal negocio, mal negocio.

FAB. Sin embargo, como Paula me ama.

RITT. Mucho confiais en vuestra estrella.

FAB. Y os probaré que no en balde... Aquí teneis una carta que de ella se me entregó esta mañana, pidiéndome mil perdones, y llena de frases de amor; en una palabra, como si nada hubiera pasado. Conque, amigo Renato, como supongo que no nos volveremos á ver, hasta la vuelta.

REN. Os vais tan pronto!

FAB. Sí; tengo que hacer muchas cosas, entre ellas ver á Paula. Lorenzo os vendrá á ver y si de él necesitais, las señas son: calle Rocher, hotel, número tres.

REN. Calle Rocher! (El hotel contiguo al de mi hermana.)

RITT. Qué! Hay algo nuevo en esa calle?

REN. No.

FAB. Conque lo dicho, y hasta mi vuelta; doctor, has-luego, que os lleve á mi queridísima prima Emma.

RITT. Hasta luego. (Váse Fabricio.)

REN. Buen viaje.

ESCENA IV.

RENATO.—RITTER.

REN. Puesto que la verdadera sociedad ha quedado sóla, qué pensais de la repentina marcha de Fabricio?

RITT. Que el muy tunante nos ha creido bobos, suponiendo que si no mato, cuando ménos volveré loca á la prima, haciéndose él sólo dueño de la fortuna de su tio: pero no; yo le aseguro que si tal piensa, no cuenta con la huéspeda, y por más que á la madre y á la hija las ponga yo en condiciones que, en un momento dado, puedan ser borradas del número de los vivos, tambien pueda volverlas á la razon.

REN. Ahí teneis explicado el por qué nunca conté con él en el famoso negocio que habia de hacernos, y nos hará tan ricos como Rostchild.

RITT, Y cuál es?

REN. Primeramente, decidme con sinceridad: éste pagaré, estas letras que ayer me mandásteis hacer, están ó no perfectas? (Enseña los documentos.)

RITT. Magnífico!

REN. Pues siendo realmente así, mirad con mucha escrupulosidad estos billetes de Banco de Francia.

RITT. Quinientos francos!

REN. Cada uno de ellos. Cuál de los dos es falso?

RITT. Este; bien claro está!

REN. Já! Já! Já!

RITT. Me he equivocado?

REN. Ya lo creo.

RITT. Entonces bien podemos reirnos de Fabricio, y... hasta de toda la sociedad entera. Esta ganancia para los dos...

REN. Para los dos, porque como químico, no teneis rival; y yo, en mi profesion, creo que tampoco le tengo. El uno al otro nos somos necesarios.

RITT. Pues ateniéndonos á lo dicho, demos fin, por hoy, con otro vaso de cerveza, y hasta mañana.

REN. Hasta mañana, y mucho cuidado con que los ojos de Emma no hagan traicion á vuestros deseos.

RITT. Mujeres, amigo Renato, hay muchas; dinero, poco; le busco, porque es lo que únicamente ansía mi corazon.

REN. Já! Já! Já!

RITT. Con seguridad podria decirse, que mi corazon es de oro. (Váse,)

REN. Al fin me veo ya solo; veamos de poner un cero en el pagaré de mi hermanita Matilde. (Saca el pagaré, lo examina y lo pone sobre la mesa.) Cincuenta mil francos! Oh! Estos serán únicamente para mí. (Tocan á la puérta.) Eh? (Vuelven á llamar.) Quién va?

ESCENA V.

RENATO.—MARÍA.—PEDRITO.

MAR. Servidora... (Dentro.)

REN. Servidora! Quién podrá ser? (Abre.)

(María entra acompañada de su hijo.)

MAR. Perdon, caballero. Sois vos el señor Renato de Jancelyn?

REN. El mismo. (A qué vendrá esta mujer!)

MAR. Ah, señor!... No sabeis el trabajo que me ha costado encontraros. No me recordais?...

REN. No...

MAR. Dia fatal fué en el que nos conocimos.

REN. No os entiendo; pero abreviad.

PED. No os incomodeis, señor; somos muy desgraciados y necesitamos de vos...

REN. Bien, bien. Qué es lo que necesitais de mí? Una limosna?

MAR. No es eso...

PED. Señor, aunque jóven, gano ya lo bastante para las necesidades de mi querida madre y mias. Pedir una limosna no deshonra, pero humilla.

REN. Concluid de una vez.

MAR. Aquel dia, repito, hace tres que os ví en Melún en el hotel del Gran Ciervo hablar con un marino llamado Cláudio Marteau.

REN. (Siempre Melún!)

MAR. Segun oí decir, vos habíais seguido paso á paso el proceso contra el desgraciado que en el patíbulo espió un crímen que no habia cometido, estoy segura de ello.

REN. (Me infunde miedo esta mujer!) Bien, y qué?

MAR. Que vos sereis tan bueno que me dé algunos detalles.

REN. Tentando me estais la paciencia con vuestra presencia y preguntas. Qué tengo yo que ver con eso y quién sois vos para pedirme explicaciones que, despues de todo, no soy el llamado á dároslas?

MAR. Que quién soy!...

REN. Qué parentesco tenia con vos ese hombre?

MAR. Parentesco! Oh! Era mi esposo!

REN. (Cielos!) Vuestro esposo?

PED. Pero no, no creais, caballero, que fuera criminal.

REN. (Maldita noticia!)

MAR. Y vos, que debeis ser bueno, no dudo que me ayudareis con vuestros conocimientos, con vuestras amistades á descubrir y presentar ante la sociedad al verdadero asesino. Ah, sí! Vos no permitireis que pese sobre esta pobre criatura

el infamante borron del hijo del guillotinado, no; ayudadme, señor, ayudadme; tened compasion de nosotros.

REN. Y con qué títulos me pide ese favor? Yo no os conozco.

PED. Señor, para hacer bien no hay necesidad de conocer...

REN, Ea, basta, fuera de mi casa.

MAR. Pero, señor?

REN. Fuera he dicho, y no volvais nunca más á incomodarme.

PED. Es decir, que nos arrojais cual si fuéramos unos miserables, unos canallas, unos... Pues bien, señor Renato; el hombre que, como vos, no nos oye, no nos quiere tampoco ayudar á descubrir al criminal, por el que un inocente ha entregado su cabeza á la espiacion pública, es tan malo, es tan villano y tan miserable y canalla como el criminal mismo.

REN. Inso... (Ademan de pegarle.)

MAR. Hijo!

PED. Madre! (Ampárándola.) Tocadla si podeis, tocadme á mí, si á tanto llega vuestra valentía, pero os digo ante Dios, os juro ante él y los hombres, que si la levantais la mano, si la amenazais siquiera, por el nombre de mi padre, la venganza que he prometido para el verdadero criminal, empezará por vos.

REN. Idos, ó no respondo... (Coje una silla.)

MAR. Ah!

PED. Vuestros hechos son como vuestra cara. Vamos, madre.

CUADRO QUINTO.

La partida.

ESCENA VI.

DELARIVIERE.—EMMA.—Luego FABRICIO.

EMMA. Cuánto tarda Fabricio!

DEL. En verdad que hace bastante tiempo que salió;

pero fueron tantos los encargos que le digimos hiciera...

EMMA. Si habrá conseguido del doctor Rittner mi admision en la casa de Salud?

DEL. No sé, hija mia, si alegrarme ó entristecerme de su afirmacion ó negativa. Cierto que aunque por poco tiempo, si tú nos acompañas á Nueva-York, tu desgraciada madre va á quedarse sola en Europa; pero si supieras con cuánta afliccion de mi alma he accedido á tu buen deseo!

EMMA. Animo, padre mio, yo á su lado seré relativamente feliz; constantemente la prodigaré mis desvelos, mi cariño; dejándome con ella, vos estareis tambien más tranquilo, y á vuestro regreso, quién sabe si Dios querrá que haya vuelto á su razon!

DEL. Dios te oiga, mi querida Emma.

FAB. Aunque muy cansado, ya estoy de vuelta y cumplimentados todos los encargos que me habeis hecho.

EMMA. Y el mio tambien?

FAB. Y con buenas noticias.

EMMA. Ah!

DEL. Y de tu tia?

FAB. Se halla mucho mejor.

DEL. De veras?

EMMA. Conque al fin?

FAB. Mucho trabajo me ha costado vencer su repugnancia, pero mis razonamientos le convencieron y, por consiguiente, cuando tú y mi querido tio dispongais...

DEL. No hay que perder el tiempo, pues aún nos resta bastante que hacer, y las horas, hasta la de la salida del tren, pasarán muy pronto. Voy á aviarme

EMMA. Y yo. Adios, primo, y Dios te premie el bien que me haces. (Váse Emma.)

DEL. Qué buena es. No es verdad, Fabricio que es una alhaja? (Váse Delariviere.)

FAB. Es... un ángel.

ESCENA VII.

FABRICIO.—LORENZO.

FAB. Cándidos!... Si supieran la celada que les estoy tendiendo... Me causan lástima, sin embargo; pero diez y ocho millones!... Y los muy tontos de mis consócios creerán de buena fé que ellos van á disfrutar. Imbéciles... Serán mios, mios únicamente, y para conseguirlo lucharé con todos y con todo el Averno, si fuese necesario.

LOREN. Señor?...

FAB. Ah! Eres tú? Ocurre algo nuevo?

LOREN. Nada. He registrado todo el cuarto, todos los chirimbolos que ha traido el marino, y nada de lo que buscamos he encontrado. Ya he tomado el molde de la cerradura de su cofre; he mandado hacer la llave y hasta mañana...

FAB. No descanses, Lorenzo, no descanses, y vigílale siempre, que es un tuno.

LOREN. No tengais cuidado, señor; ya sabeis por experiencia que soy astuto, sagaz, y ó yo me engaño mucho, ó no es ese marino el que me ha de dar lecciones.

FAB. Y está contento?

LOREN. Lástima fuera. Con una mesada tan crecida como le habeis señalado y dada por adelantado; con su misma ocupacion, bien comido y buena cama... Está, sí, un poco receloso; pero yo me encargaré de que tenga en mí una gran confianza. Con que al fin hoy es la marcha?

FAB. Así lo ha dispuesto mi tio: y á propósito, Lorenzo.

LOREN. Mandadme, señor; ya sabeis que os pertenezco en cuerpo y alma.

FAB. Nadie más que mi tio, tú y yo sabemos que mi prima va á quedarse durante nuestra ausencia en la casa de Salud; ella ha prometido á su padre, y lo cumplirá, no decir nada, ni á sus más íntimas amigas; por consiguiente, te encargo

mucho tu silencio, pues la más insignificante palabra, la más pequeña indiscrecion, podria causarnos. .

LOREN. Hace algunos años que me teneis á prueba, y no os digo más.

FAB. Bien. Otro encargo tengo que darte; pero muy importante para mis fines ulteriores.

LOREN. Hablad...

FAB. Toma esta apuntacion y guárdala, mucho y bien.

LOREN. Obedeceré.

FAB. Léela.

LOREN. «Dí al doctor, que los fondos que en papel tie»ne mios, los enagene á cualquier precio.»

FAB. Y si añado...

LOREN. «Y los tuyos tambien.»

FAB. Si añado eso, despues de decir al doctor que suprima á la madre é hija, tú á Cláudio...

LOREN. Comprendido. Y de dónde recibiré el parte? De Nueva-York?

FAB. No, del Havre.

LOREN. Ya, ya entiendo...

FAB. Que no tiembles...

LOREN. Quedareis satisfecho. Ah! Con la conversacion se me habia olvidado...

FAB. Qué?...

LOREN. Estas dos cartas. Esta es de la señorita Emma para su amiga Paula.

FAB. Hola!

LOREN. Y esa otra la han traido hace poco.

FAB. De parte de quién?

LOREN. Lo ignoro.

FAB. (Leyendo.) «Querida Paula: La muerte repentina »del sócio de mi papá nos obliga á marchar á »Nueva-York, en compañía de nuestro querido »Fabricio, aunque por poco tiempo. No he re»cibido contestacion á las dos cartas que te ten»go dirigidas...»

LOREN. Que son las dos que hemos quemado...

FAB. «Y en la que te incluia una para mi querido »Vernier; ruégote mucho le digas que aunque »él es para mí un ingrato, mi último pensa-

»miento y mi último adios son para él.» Bien.

LOREN. La quemamos tambien?

FAB. No: esta conviene mucho que la reciba.

LOREN. Entónces yo mismo pondré el sobre y la echaré al correo.

FAB. Letra de Renato! (Por la otra carta.) Que será? (Abriéndola y despues de haber leido.) Cielos!

LOREN. Que es eso, señor?

FAB. Nada... (La esposa del guillotinado ha ido á su casa...!)

LOREN. Me necesitais para algo?

FAB. No... Dí á Claudio que quiero verle.

LOREN. Voy al momento, señor. (Váse.)

FAB. Ella en casa de Renato! Oh! Por fortuna al ver al doctor, le enteraré, y por fortuna tambien nos vamos hoy fuera de Francia.

ESCENA VIII.

FABRICIO.—DELARIVIERE.—EMMA.

DEL. Fabricio, ten la bondad de meterte en tu bolsillo estos papeles y billetes. (Fabricio al hacer lo que marca el diálogo, se le cae la carta de Renato al suelo.) Estás ya preparado?

FAB. Únicamente me falta la cartera y gorra de viaje que Lorenzo se encargará de llevarme.

DEL. Y mi hija?

EMMA. Aquí me tienes, papá.

FAB. Lorenzo?

LOREN. Llamaba el señor?

FAB. Está listo el carruaje?

LOREN. Y todo el equipaje dentro.

DEL. Vamos?

EMMA. Cuando quieras.

(Salen Emma y Delariviere.)

ESCENA IX.

FABRICIO.—CLAUDIO.

CLÁUD. Me llamabais, señor?

FAB. Creí marcharme sin verte.

CLÁUD. Aquí me teneis.

FAB. Lorenzo y tú os quedais dueños de la casa de mi tio; te hago la misma recomendacion que á él, que seais buenos compañeros; y si cuidas mucho tus barcos, pues ya sabes la aficion de mi tio, y cumples bien, tendrás una buena recompensa.

CLÁUD. Perded cuidado señor Lecrere, que me haré acreedor á esa recompensa. (Marcando mucho las frases.)

FAB. Adios, pues, y hasta la vuelta.

CLÁUD. Buena suerte, buen viaje, y hasta la vuelta. (Idem, idem. Vase Fabricio. Se oye ruido de un carruaje.) Voto á un pailebot noruego! que siento no haber despedido al señor Delariviere. Qué diferencia entre tio y sobrino! (Asomándose.) Es el coche de casa. Se van! Calle! Va en la delantera el zorro de Lorenzo! Llevad buen viaje y... hasta la siega de las anguilas... Qué es esto? (Por la carta,) Una carta... (Leyendo para sí.) Cañonazo de Brest! Qué leo! Si... si casi no acierto... La señora María, que desapareció de Melún, de Charenton tambien, sin que desde aquel dia se haya vuelto á saber de ella, busca proteccion en otros y no en mí, que puedo darla luz, mucha luz. Oh! Cañonazo de Brest! Qué es esto?... (Lee alto.) «Es necesario conjurar el peligro que nos amenaza, porque de otra manera estamos perdidos.» Oh! Luego yo no estaba equivocado! Luego aquel infeliz murió inocente! Cláudio, mereces una albarda! Pero, quién será este R.? (Pensativo, va elevando su vista hasta encontrarse con el rewolver de la panoplia.) Jesucristo! Qué miro! (Cogiendo el rewolver.) Es esto posible! Son idénticos; tan iguales como una carpa á otra carpa. (Sacando un escudo igual al que tendrá el rewolver incrustado en la cruz del mismo.) Sí, sí. F. L., F. L.! Este es el escudo que encontré en mi barca la mañana siguiente de la noche en que mataron á Federico Baltús. Luego yo pensaba bien; habia otro cómplice, ó aquél no era el asesino; no, no; mi corazon no me engañaba,

uno, uno solo... Voto al ancla salvadora! F. L...! Ah! Horror!! F. L. Fabricio Lecrere! Y yo estoy en su casa! Luego esta carta, este rewolver y este escudo! Oh! Y pensar que un inocente ha sido guillotinado! Venganza; sí, yo buscaré á la señora María, la buscaré, aun que tenga que hallarla en el fondo del mar; la daré estas pruebas, y ya que he sido tan infame, que pudiendo dar luz á los jueces, no lo hice, cuando ménos volveré á la consideracion y respeto de la sociedad el puro nombre de un artesano honrado, denunciando á los tribunales á un canalla de levita, para tener la satisfaccion de verle guillotinar despues.

ESCENA X.

DICHO.—MARÍA.—PEDRITO.

MARÍA. Señor Cláudio?

CLÁUD. Cielos! Vos aquí! Tú tambien! Ah! luego dirán que no hay Providencia. (Cuadro.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO SEXTO.

El fratricida.

Sala caprichosa y lujosamente puesta. Portiers, cuadros, espejos, sillones, butacas, una mesa con candelabros y reloj. Un buró; junto á una butaca un velador, puerta al foro, lateral izquierda y derecha. Es de noche. Al levantarse el telon, Matilde aparece mirando el reloj y con un estuche en la mano.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE.

Es muy extraño! Las siete de la noche y Pablo sin venir en todo el dia!... Si alguna otra mujer? Oh! Esta idea que ha cruzado varias veces por mi imaginacion, trastorna mi espíritu y me destroza el alma! Le amo tanto, tanto, que... Calle! (Al sentarse en la butaca.) Qué cabeza la de Renato! Pues no ha dejado aquí su cartera cuando vino á traerme los cinco mil francos para mi aderezo... Y qué lindo es! No, no quiero ponérmele hasta que Pablo venga. Le guardaré. (Se dirige al buró, le abre, mete el estuche, pero antes de volver á cerrar se detiene.) Ah! se me olvidaba... (Saca del buró un cofrecillo que abrirá á su tiempo.) No quiero dejar que pasen más dias sin poner en órden mis papeles. (Va sacando.) «Fabricio Lecrere.» Qué enojoso recuerdo! (Rompe el

papel.) Factura del último vestido de seda. Otra de... Calla! Qué papel será este tan dobladito? Letra tambien de Fabricio?... Dirigido á mi hermano! Veamos: «Querido Renato: F. Baltús tiene pagaré. Habla de dar parte al P. de la R. Situacion apurada. Consejo pronto. Aguardo café Helder. Quema billete... F. L.» F... Baltús! Yo he oido hablar de este Baltús; pero no recuerdo donde... Ah! Sí, en Melún. Cierto! El asesinado fué ese Baltús! Qué conexion podrá tener aquello con Fabricio y mi hermano!... Dios mio! Seria posible!... Oh, no! En fin, la dejaré á la mano para que cuando venga por su cartera me explique... (Campanilla fuera.) Si será Pablo! (Lleva el cofrecillo y le guarda, metiéndose el papel en el bolsillo.) Cuál late mi corazon!...

ESCENA II.

DICHA.—PABLO.

MAT. Ah! Por fin... (Aparece Pablo al foro.) Dónde has estado todo el dia?

PAB. He tenido que hacer mucho.

MAT. De veras!

PAB. Pues qué, acostumbro á mentir?

MAT. No, pero... temia...

PAB. Con que temias?...

MAT. Sí; pudiera haberte sucedido algun accidente... ponerte enfermo.

PAB. Gracias. (Se sienta,)

MAT. Pablo? (Breve páusa.)

PAB. Qué quieres?

MAT. Tú tienes algo; desde que has entrado he conocido que alguna cosa te preocupa, y francamente, quiero saber lo que es.

PAB. No tengo nada.

MAT. Tú me engañas, estás triste, taciturno, convulso, lo estoy viendo. Vamos querido Pablo, cuéntame. Bajas la cabeza? Luego es verdad, luego tú me ocultas?...

PAB. Nada. No me preguntes.

MAT. Que no te pregunte. Por qué?

PAB. Porque vale más que me calle.

MAT. Que te calles. Y por qué? Soy yo la causa de ese disgusto? Te he dado motivo, tal vez, sin pensarlo...

PAB. Tal vez.

MAT. Yo! Explícate por Dios que estoy sufriendo terriblemente. Vamos, habla.

PAB. Puesto que así lo quieres, sea; pero júrame que has de decirme la verdad.

MAT. Engañarte yo.

PAB. Ayer te mandé con Julian, mi criado, un pagaré.

MAT. Sí, es verdad.

PAB. Recuerdas bien de cuanto era?

MAT. De cinco mil francos. Pero...

PAB. No me interrumpas y contéstame. Le hicistes tú efectivo?

MAT. No, yo no, se lo llevé en seguida á mi hermano Renato.

PAB. Tu hermano!

MAT. Sí.

PAB. Y estás segura que tu mismo hermano, lo ha hecho efectivo?

MAT. Sí; así al ménos me lo ha dicho esta mañana cuando me trajo el dinero.

PAB. Entonces... Esto es incomprensible.

MAT. No te entiendo; lo que me dices es un enigma.

PAB. Sí, dices bien; enigma que me asusta solo en pensar que puedo descifrarle. (Campanilla,)

MAT. Quién podrá ser?

REN. Matilde! (Dentro.)

MAT. Mi hermano! Cuánto me alegro!

PAB. A mal tiempo llega

MAT. Al contrario, él podrá explicarnos.

ESCENA III.

DICHOS.—RENATO.

REN. Buenas noches! Ah! Vos aquí! Servidor. (Pablo saluda friamente.)

Mat. Venias por tu cartera?

Ren. Efectivamente.

Mat. Pues no sabes lo á propósito que llegas.

Ren. Cómo! (Qué será?)

Mat. Porque así podrás dar explicaciones á Pablo de cierto asunto que aún ignoro; pero que le tiene de mal humor.

Ren. Un asunto! De qué se trata?

Mat. No has ido tú mismo á cobrar el pagaré de cinco mil francos que ayer te llevé?

Ren. (Gran Dios!) Cierto: y tambien lo és que esta mañana te traje el dinero.

Mat. Ves, Pablo.

Pab. Y... estais cierto, caballero, de que únicamente ha sido la suma cobrada, la de cinco mil francos?

Ren. (Valor y audacia.) Señor de L[illegible]ils, qué me quereis significar?...

Mat. (Dios mio!)

Pab. Contestadme categóricamente, sin ambajes ni rodeos.

Ren. Pues ya os he contestado que sí.

Pab. No es eso...

Ren. Vive el cielo!

Pab. Vive el cielo, que sois un canalla!

Ren. Caballero!

Mat. Pablo!

Pab. El pagaré que habeis hecho efectivo, y que os han pagado, era de cincuenta mil francos!

Mat. Es posible!

Ren. Mentís!

Pab. Qué! Oh! Sois audaz; pero conmigo no os valdrá vuestro cinismo.

Ren. Hablais por hablar.

Pab. Hablo, porque os puedo presentar la prueba fehaciente de vuestro crímen. Mirad! (Saca el pagaré.)

Ren. Y quién me asegura que no sois vos mismo el que habeis anmentado ese cero, tal vez para aparecer á los ojos de mi hermana... espléndido.

Pab. Esto más!

MAT. Pablo! Renato!

PAB. Señora, dejadnos; que si en momentos determinados la sangre afluye al corazon, nunca hasta el extremo de que los hombres honrados manchen sus manos con las que el presidio reclama.

REN. Oh!

PAB. Sin duda me creíais nécio; sin duda, abusando de mi buena fé y delicadeza, pretendísteis ambos á dos hacerme vuestro juguete.

MAT. Yo, Pablo, yo! No; pero perdon, perdon para él!

PAB. Le teneis, porque ni siquiera me tomaré el trabajo de dar parte á la justicia, siquiera sea por no envolverme en el lodo en que he vivido, depositando mi amor en la hermana, cómplice de un falsificador. Vivid en paz con vuestra vergüenza y mis despojos.

MAT. No, Pablo, no. (Se arrodilla ante él.)

PAB. Dejadme, señora; y para probaros lo que soy, ahí queda la prueba de vuestro delito. (Arroja al suelo el pagaré. Váse.)

MAT. Pablo!

ESCENA IV.

MATILDE.—RENATO.

(Renato vá á recojer el pagaré, pero Matilde de rodillas se precipita sobre Renato y le recoje.)

MAT. Ah! Miserable! Eso nunca.

REN. Matilde!

MAT. Con que era verdad?

REN. Y qué te importa? No te he dado la parte que te correspondia? Creo que nada tienes que reclamarme.

MAT. Que no! Y la felicidad que me haces perder? Pablo me ha repudiado, me ha escarnecido, y todo por tí... Su amor, que he perdido, era para mí la ilusion de mi vida, de mis ensueños, oh! Y me ha creido criminal y me abandona, y para siempre. Renato, maldito, maldito seas!

REN. Matilde, por favor, calla y dáme ese papel.

MAT. Ni este pagaré será tuyo, ni esta carta que dejaste un dia en mi casa y que es la acusacion más terrible para tí, porque de ella se desprende, que tú, unido á Fabricio Lecrere, dísteis muerte á Federico Baltús.

REN. Federico Baltús! Silencio, desgraciada!

MAT. Nunca; y ó me devuelves mi felicidad ó ambas cosas serán mi venganza y para tí el cadalso.

REN. Oh! Dáme, dáme esos papeles.

MAT. Jamás!

REN. Dámelos, ó no respondo de mí.

MAT. Suelta, y arrancámelos si puedes.

REN. Matilde!! Esos papeles!!

MAT. Primero la muerte.

REN. Oh! (Se arroja sobre ella.)

MAT. Soco...!

REN. Silencio! (Luchan, hasta que Renato la arroja al suelo: durante la primera lucha se habrán visto aparecer llamas por la puerta lateral izquierda.)

REN. Fuego! Ah! Arde toda la casa? Matilde! Dáme, dáme esos papeles.

MAT. Mátame antes.

VOCES. Fuego, fuego! (Dentro.)

(El humo y llamas invaden la escena.)

CLÁUD. Por aquí, por aquí! (Dentro.)

REN. No me los das?

MAT. No.

REN. Oigo pasos! La gente se acerca! Por dónde escapar! Oh! Morirás con tu secreto!

MAT. Hermano!

REN. Maldita, maldita seas! (Cierra echando la llave á la puerta del foro, y haciendo lo mismo con la de la derecha, desaparece por ella.)

MAT. Renato! Infame! Ay! Me ahogo!.. Y el fuego aumenta! (Murmullos fuera.)

ESCENA V.

DICHA.—CLAUDIO.—PEDRITO.

CLAUD. Abrid... (Dentro y empujando la puerta al foro,)

MAT. Miserable!.. Cerró la puerta! No tengo salvacion!

CLÁUD. Abrid... (Dentro y empujando fuertemente.)

MAT. Esperad!.. No puedo! Mi voz se apaga!.. Auxilio!.. Socorro!! Ay! (En este momento la puerta cede á los golpes de Cláudio. Este aparece con Pedrito y gente del pueblo.)

CLÁUD. Por fin! Cañonazo de Brest!

PED. Una mujer! Mirad.

CLÁUD. Muerta!

PED. Pobre señora!

CLÁUD. No siento su respiracion!

PED. Señor Cláudio; tomad, tomad estos papeles que la he encontrado entre sus manos.

CLÁUD. Papeles!.. Vengan, vengan y luego veremos. Y no respira! (Se los guarda.) Me parece que hemos llegado tarde; sin embargo, puesto que la casa se quema, y la mia está próxima, es decir, la de mis amos y estos están fuera, muchachos llevemósla allá y veremos. Maldito sea el culpable!

CUADRO SÉTIMO.

El dedo de Dios.

Muro al foro; jardin, y delante de éste una verja. Puerta de entrada á la derecha del actor, y á la izquierda un pabellon practicable con ventana al público, practicable tambien. Aparecen, Juana, sentada en un banco de piedra; junto á ella Emma y Rittner, de pié.

ESCENA VI.

RITTNER.—EMMA.—JUANA.

EMMA. Doctor, compasion.

RITT. Ninguna. Despues del escándalo que habeis promovido; despues de la huida que habeis proyectado, aún me suplicais compasion; jamás. Qué hubiera podido responder á vuestro padre el dia que os reclamase?

EMMA. Responderle! Oh! Vos nada; yo mucho!

RITT. Señorita!

EMMA. Sí, mucho, porque desde que tuve la infortunada idea de recogerme en vuestra casa, no he presenciado más que indignidades, crímenes.

RITT. Esto más!

EMMA. Oh! Sí; y si alguien necesitase pruebas, aquí teneis á mi pobre madre, peor aún que el dia que entró, y á mí, enferma, debilitada y casi exánime.

RITT. Frantz?

FRANTZ. Señor... (Se presenta con dos criados.)

EMMA. Qué pretendeis?

RITT. Encerradme en cuartos separados á esta señorita y á su madre.

EMMA. Cómo! Separarme de ella! Nunca!

RITT. Obedeced.

FRANTZ. Vamos!

EMMA. Jamás!

RITT. Concluyamos.

EMMA. Madre! Madre! Nos separan, y no tengo fuerzas para luchar...

JUANA. Angel mio! Dónde estás? No, no... dejadme; quiero verle, es él... No oigo su voz celestial. Se la llevan!.. Sangre!... El patíbulo!... Oh!!... Já, já, já, já. (Se la llevan los criados,)

RITT. Tiemblo aún al considerar las consecuencias de esta fuga! Por fortuna me apercibí á tiempo, y por fortuna tambien hoy dejaré de ser el dueño de esta finca. Calla! Hácia aquí se dirige precipitadamente una persona... (Mirando hácia la puerta de entrada.)

ESCENA VII.

RITTER.—RENATO.—FRANTZ.

REN. Ah! Doctor?

RITT. Vos!

REN. Estamos solos?

RITT. Sí, pero... Qué teneis?

REN. Estoy intranquilo, sin embargo de este disfraz que tengo desde anoche.

RITT. Corremos algun peligro? Me asustais!

REN. Grande, muy grande, y yo mucho mayor que vos.

RITT. Pero serenáos, por Belcebú, y hablad claro y de una vez.

REN. Sí, sí. Anoche fuí á casa de mi hermana Matilde, y hablando, hablando, nos incomodamos; de la incomodidad vinieron las amenazas, y entónces supe que ella poseia la carta que Fabricio me dirigió la noche anterior á la de la muerte de Federico Baltús, carta que ahora recordareis Fabricio nos tenia dicho que habia perdido.

RITT. Cielos!

REN. Como comprendereis, quise quitársela, ella se resistió y...

RITT. La habeis asesinado!

REN. Callad, callad; pudieran oirnos.

RITT. Pero la carta?

REN. No pude adquirirla.

RITT. Maldicion!

REN. Ah! Estoy convulso, por todas partes creo ver al prefecto de policía, que me persigue... que... Horror!

RITT. Sin embargo, calmaos; ese disfraz os favorece, y hasta la noche que partiremos juntos...

REN. Juntos!

RITT. Si á fé; porque intranquilo tambien desde que supe por Fabricio, antes de marcharse, la presentacion en vuestra casa de una mujer que se titulaba esposa del guillotinado en Melún, tomé mis precauciones; ayer hice venir al comprador de quien con insistencia me habeis oido hablar, queria quedarse con esta casa, nos arreglamos en el trato, se hizo la escritura y sólo espero la hora de darle posesion en toda regla; esperadme, pues, en el café de la estacion, y nos marcharemos en el tren de las once.

REN. Tiemblo!

RITT. Eh? No seais niño. Para los momentos críticos es para cuando se necesita el valor.

REN. Procurad ir lo antes posible.
RITT. Habeis avisado al criado de Fabricio, á Lorenzo?
REN. Yo! Ignorais que la casa de mi hermana era la contígua?
RITT. Tambien eso!
REN. Si tal hubiera hecho...
RITT. Y se habrán apercibibo, y tal vez aquel marino...
REN. Quién sabe?
RITT. Decididamente el peligro es mucho mayor de lo que parece... Idos, pues, y hasta luego.
REN. Se eclipsó nuestra buena estrella! (Vase Renato.)
RITT. Imbécil! Este hombre es tan fatal como Fabricio; pero ya en Suiza procuraré alejarle de mi lado... Frantz?
FRANZ. Señor?
RITT. Habeis cumplido mis órdenes?
FRANTZ. Como siempre.
RITT. Bien encerradas.
FRANTZ. Bien... encerradas están. (Marcando mucho estas palabras.)
RITT. Como, por la fatal noticia, que sabeis he recibido, he obligado al nuevo propietario á que viniera á las nueve en punto á hacerse cargo de esta casa, no puedo acompañarle á hacer la visita general de enfermas... y por consiguiente...
FRANTZ. (Respiro!)
RITT. Cuando llegueis á los cuartos de Juana y su hija, decidle que son locas de furia.
FRANTZ. Ya, ya comprendo.
RITT. Mas oigo pasos.
FRANTZ. Con efecto.
RITT. Es mi sucesor. Pero con una señora? (No comprendo.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—PAULA.—JORGE.

JORGE. Querido doctor?
RITT. Servidor...

JORGE. Tengo el honor de presentaros á mi socia en esta casa, la señorita Paula Baltús.

RITT. Tengo un sumo placer. (Paula Baltús.)

PAULA. Gracias.

JORGE. Qué os parece la entrada?

PAULA. A la verdad que por el aspecto tan risueño y agradable que presenta, nadie puede presumir que haya dentro séres tan desgraciados. Habeis tenido sumo gusto; todo lo que hasta ahora he visto me dá á conocer la existencia del más completo aseo, unida á la severidad del objeto á que está dedicada, y por lo tanto, no puedo ménos de expresaros la admiracion que me causa; y á vos, querido amigo, daros mi más cumplida enhorabuena.

RITT. Sois, señorita, tan lisonjera como bella.

JORGE. Son las nueve en punto.

RITT. En verdad que sois exacto, y sentiria haberos causado la más ligera molestia. Pero un vago presentimiento me hacia sospechar que algo grave ocurria en mi casa, y con efecto, anoche recibí este parte de mi familia en el que... (Pretende enseñar un telégrama.)

JORGE. Basta.

RITT. Se me anuncia un accidente grave, ocurrido á mi señora madre, como consecuencia de la muerte del que me dió el sér.

JORGE. Me uno á vuestro sentimiento.

RITT. Por esta razon, yo me permitiria suplicaros, á vos principalmente, señorita, me dispensareis del honor que tendria acompañándoos á hacer la visita general á la casa; pero Frantz, á quien tuve ayer el gusto de presentároslo, hará mis veces por completo. No es así?

FRANTZ. Siempre á vuestras órdenes.

RITT. Y eso mismo me obliga á pediros vuestro permiso para marcharme, pues deseo aprovechar el tren de las once. Señorita, siempre vuestro...

PAULA. Bésoos la mano.

RITT. Querido compañero, mucha suerte y mucho acierto tambien con las desgraciadas que se os confien. Frantz, mi mejor amigo, hasta la vista... (Se abrazan.)

FRANTZ. Con vuestro permiso voy á acompañarle hasta la última salida. (Vánse.)

PAÚLA. No sé por qué, amigo mio, he creido encontrar en la cara de ese hombre, un signo especial de hipocresia y malignidad...

JORGE. Desde el primer dia no me fué simpático tampoco.

PAULA. Luego, esta marcha tan precipitada...

JORGE. A la verdad que es sospechosa.

ESCENA IX.

DICHOS.—EMMA.—JUANA, dentro.—FRANTZ.—CLAUDIO.

EMMA. Madre, madre! (Dentro.)

PAULA. Dios mio!

JORGE. La voz de Emma!

PAULA. Imposible; me escribió ella misma el dia de su partida para Nueva-Yortk. No recordais?

JORGE. Es verdad.

MAT. Huye, Pablo, huye! (Dentro.)

JORGE. Que es eso? (Mirando hácia dentro.)

PAULA. Oh!

FRANTZ. Señor director, una nueva pensionista. (Entran todos los que se marcan en la escena. Matilde viene sostenida por Claudio.)

PAULA. Infeliz!

JORGE. Sentadla ahí breves momentos.

CLÁUD. Cañonazo de Brest! Vos aquí? Y tambien la señorita Paula?

MAT. Perdon! Piedad!

JORGE. Silencio todos.

EMMA. No está aquí tampoco ese maldito hombre. (Por la ventana del pabellon.)

MAT. Pablo!.. Huye! Huye!

EMMA. Dios mio! Qué oigo?

MAT. No lo vés?

EMMA. Hay mucha gente! (Asomándose por la ventana practicable.)

MAT. Van á matarte... Sí...

EMMA. (Dios mio!)

MAT. Van á matarte, como tambien mataron á Federico Baltús.

PAULA. Cielos!

EMMA. (Esa voz!)

PAULA. Habeis oido, Jorge?

JORGE. Misterio incomprensible!

EMMA. Es ilusion de mis sentidos? (Abre la puerta que dá á la escalerilla y se presenta.) Ah! Jorge!

PAULA. Ella aquí!

JORGE. Mi Emma!

JUANA. Emma, Emma! (Dentro.)

EMMA. Mi madre!

CLÁUD. Que es esto!

PAULA. El dedo de Dios! (Cuadro.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO OCTAVO.

Un asesinato en alta mar.

Cubierta de un buque de vapor, viéndose en segundo término el palo mayor, y en el tercero el de mesana; al foro mar y proa del buque. En cuarto término el puente, y debajo de éste, camarotes, uno de ellos practicable, viéndose dentro una cama, en la que estará echado Delariviere; una mesa de noche, y sobre ésta botella y vaso para agua y un tintero.—Al levantarse el telon se oirá el ruido producido por la máquina de vapor, cuyo ruido no cesará durante todo el cuadro. A babor y estribor del buque, y arriba en el palo de mesana, las luces encarnadas y verdes de ordenanza Algunos marineros en los foques de los palos, atando las velas; otros enrollando cuerdas, y otros en las ocupaciones que el director de escena juzgue oportuno para dar al cuadro la verdad y entonacion necesarias. Sobre el puente el Capitan y el Piloto primero, y en proa, el segundo y Fabricio apoyado sobre la obra muerta, fumando, pensativo y cerca del camarote de su tio.—Va oscureciendo.—Relámpago y trueno lejano.

IMPORTANTE. En los teatros donde las decoraciones no permitan poderse poner la cubierta del buque, la accion de este cuadro puede pasar en la cámara con escalera al foro, que conducirá á la cubierta, y un camarote practicable para que se vea en la cama á Delariviere. Antes de darse la voz de «un hombre al agua,» Fabricio cogerá á su tio, y sube con él, figurando que va á arrojarlo, y dada la voz bajará el primero para concluir los últimos versos del cuadro.

ESCENA PRIMERA.

DELARIVIERE.—FABRICIO.—CAPITAN.—PILOTO 1.º—PILOTO 2.º—CONTRAMAESTRE.

DEL. Dios mio! Si no volveré á ver á mi querida
Juana y á mi idolatrada Emma!
(Relámpago y trueno.)

CAP. Mala noche nos espera.

PIL. 1.° Con efecto!

FAB. Cuán lentas pasan las horas á bordo!

PIL. 2.° Está ya en su puesto toda la gente?

CONT. Sí, mi segundo.

PIL. 2.° Paréceme que vamos á tener esta noche gran faena.

CONT. Esas son todas las probabilidades; voto á nuestro patron.

FAB. Diez dias de nuestra salida de Nueva-York; cuatro dias de estar enfermo mi tio, y dos para llegar al Havre. El Havre! Si al desembarcar allí tuviera noticias de Renato y Rittner. Si habrán inutilizado ya para siempre á Juana y á su hija! Tampoco sé nada de Cláudio! Ninguna noticia desde mi salida de Francia! Oh! Ese silencio me tiene intranquilo sobremanera.

DEL. Juana, Emma! (Relámpago y trueno; el ruido del mar, que vá embraveciéndose, se oye muy perceptiblemente, asi como el del viento. A los pitos dados por el Capitan, y todos en consonancia con las fae nas que hay que verificar, al hallarse un buque con tempestad, encima, seguirán los pitos del Piloto segundo y Contramaestre, funcionando los marineros segun aquellos indiquen,)

FAB. Si al llegar á París, Juana hubiera recobrado su razon, de nada me habrian servido mi astucia, de nada mis precauciones, de nada tampoco esta vida de fingimiento y sagacidad... No sé qué hacer!.. La idea que al embarcarnos germinó en mi mente, pudiera conducirme al ideal de mi vida... á ser millonario! Oh! sí, millonario! Mujeres, orgías, juegos, lujosos trenes!. Qué es la vida sin esto?.. Un mito!.. En la maleta de mi tio, y en letras á la vista, vienen diez y ocho millones de francos, que yo podria hacer efectivos á mi llegada! Esperaré á que la enfermedad que le aqueja le mate?.. Y si se salva? . El médico me ha recomendado que no dé á mi tio ni una sola gota de agua despues de la medicina que acaba de propinarle, porque le produciría un acceso temible, que degeneraría en *delirium tre-*

mens. Oh! sí, aquí nadie se opone á mis proyectos!.. (Relámpago y trueno muy fuerte.) Bravo, bravo! Bien por la Providencia que viene en mi ayuda. (Pitos; nuevas faenas en los marineros.)

DEL. Fabricio! Fabricio!

FAB. (Su voz.) Querido tio.

DEL. Hijo mio, creo que se aproximan los últimos instantes de mi vida.

FAB. Tio, eso!...

DEL. No, no. Se me hace preciso, decirte... luego, tal vez, seria tarde, escucha.

FAB. (Qué pretenderá?)

DEL. Emma y Juana, quedan, á mi muerte, en la más triste orfandad. Júrame, pues, ante Dios, que no las abandonarás nunca.

FAB. Os lo juro.

DEL. Oh! Bien, hijo mio, bien; ya puedo morir tranquilo. Ahora, saca de mi maleta, están á la izquierda, cuatro letras!...

FAB. (Las letras!)

DEL. Quiero endosártelas para que puedas cobrarlas en cuanto llegues á París.

FAB. (Oh!...)

DEL. Anda, tráelas pronto. (Fabricio abre la maleta.)

FAB. (Ya!) Aquí están.

DEL. La pluma...

FAB. (Endosadas á mi favor!) Tomad. (Delariviere se incorpora y firma.)

DEL. Apenas veo!... Qué angustias!

FAB. (Diez y ocho millones!)

DEL. Tómalas... ya están...

FAB. (Mios!.. Ah!.. venga, venga ya la muerte cuando quiera.)

(Relámpago y trueno fuerte: el viento zumba mucho y el ruido del mar y sus golpes sobre el buque pronunciados. Pitos, faenas.)

DEL. Me ahogo! Qué sed tengo! Juana! Emma!

FAB. Siempre ellas!...

DEL. Qué angustia!...

FAB. Quién podrá probarme que le he dado de beber?...

DEL. Fabricio?...

FAB. Llamábais, querido tio?...

DEL. Me ahogo; mis fauces se secan. Agua!

FAB. Agua! (Coje el vaso y lo vuelve á dejar.) Tengo miedo!

DEL. Agua, dáme agua, por Dios! Me abraso!...

FAB. (Sea.) Tomad. (Le dá de beber.)

DEL. Dios te premie, hijo mio, el bien que haces. (Bebe.)

(Relámpagos y truenos fortísimos é instantáneos, con las vibraciones consiguientez á la caida de un rayo, que partiendo el palo de mesana, cae sobre varios marineros. Murmullos.)

FAB. Cielos!

(Pitos; varios marineros acuden al sitio del siniestro movimiento en el buque.)

VOCES. Ay!

OTRA. Ay!

OTRA. Dios mio!

FAB. Qué confusion se nota en el buque. (Saliendo del camarote á observar.) Qué olor á azufre! Qué movimiento tan infernal!

DEL. Emma, Juana!

FAB. Su voz!

DEL. Fabricio, Fabricio?...

FAB. Vive aún! (Delariviere se incorpora en la cama.)

VOZ. Fuego, fuego á bordo!

DEL. Fabricio?

(Pitos; confusion, funcionan las bombas.)

FAB. Oh! Qué escuché?... Fuego!... Sí, sí; la tempestad, las llamas van á confundirnos en el abismo!... En el abismo!... Horror! No; yo no quiero morir; soy rico, soy millonario, millonario, sí, sí; las letras están aquí. (Pitos; movimientos en los marineros.) Morir ahora.

PIL. 1.° Estamos perdidos!

FAB. Perdidos! Maldicion!

PIL. 1.° Buque á estribor!

(Cañonazo y juego de faroles pidiendo auxilio. Pitos.)

FAB. Pues bien, ya que nos perdemos, húndase tambien en los profundos abismos toda esta fortuna. (Va á arrojar la cartera. Campanas.)

PIL. 1.° Vienen en nuestro auxilio!

FAB. Ah!... Qué iba yo hacer?
DEL. Fabricio, Fabricio?... (Saliendo del camarote.)
FAB. Aún! No!
DEL. Emma, Juana!
FAB. Muere! (Le hiero y lanza al mar.)
VOZ. Un hombre al agua!
(Relámpago y trueno.)
FAB. Al fin soy millonario!

CUADRO NOVENO.

Los espías.

Escritorio lujosamente puesto. Puertas al foro y lateral derecha del actor; entre ésta y la puerta del foro, un balcon. Una puerta de escape en el tercer término de la izquierda; mesa de escritorio con vários papeles y utensilios de escribir. Sillones butacas, un velador. Del techo pende una lámpara encendida. Es de noche.—Al levantarse la cortina, aparecen sentados en las butacas, el señor Cláudio y Lorenzo, teniendo sobre el velador varias botellas de vino de Jerez, vasos, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

CLÁUDIO.—LORENZO.

CLÁUD. Conque deciais, señor Lorenzo que?... (Bebiendo ambos.)
LOREN. Decia .. Ah! sí; decia que como nuestro buen amo, desde que vino de Nueva-York, no ha frecuentado los círculos de amigos, guardando, como es natural, las consideraciones debidas á la memoria de su buen tio, esta noche, que es la undécima de su regreso á París, se ha ido por ahí, y no viniendo hasta tarde, me he dicho: con quién mejor que con mi amigo Cláudio voy á pasar la velada? Y por eso...
CLÁUD. Me habeis privado del sueño. Por San Telmo, mi patron, que os lo agradezco!...
LOREN. Os quiero...
CLÁUD. Muchas gracias .. (Tunante.) Pero decidme:

vos, que mirais tanto por los intereses de vuestro amo, cómo os permitís esta noche estos despilfarros?...

LOREN. El no ha de saber nada... (Si sospechará!) Y... aunque lo supiera... el amo tambien os quiere mucho.

CLÁUD. Sí! Hombre, hombre, qué me decís?... (Te veo.)

LOREN. Os lo aseguro...

CLÁUD. Sí; es lo bastante... (para que yo no os crea.)

LOREN. Pero, bebamos.

CLÁUD. Bebamos. Y vá la quinta botella, y yo ya...

LOREN. Cada vez que repito, me parece mejor este vino.

CLÁUD. (Probaré.) Sí .. *efectivamente* que este vinillo, já, já, já!... no está malo... Cañonazo de Brest, este vinillo... estas botellas. Calienta, eh? Calienta .. já, já, já!

LOREN. (Ya le surte efecto y podré saber lo que el amo desea.) Conque este vinillo, eh?...

CLAUD. Muy bueno, mucho; já, já, já!

LOREN. Otro traguete!

CLÁUD. Venga. (Ah zorro! Crees que ya...)

LOREN. Sabeis, señor Cláudio, que ya me voy poniendo tambien...

CLÁUD. Chispon, eh?.. Mejor, mejor, mucho mejor; porque despues de todo, voto al palo de mesana! es'a vida se ha de pasar... Y... en qué ibamos de nuestra historia?..

LOREN. Hola, hola! Conque de nuestra historia. Contábamos una historia?.. Ah! sí, de la historia; pues decíamos...

CLÁUD. No hablabamos de Melún?..

LOREN. Cómo! Sí, sí. (El mismo se vende.)

CLÁUD. (Ya me cree borracho.)

LOREN. Y qué fué eso? Allí conocísteis al amo? No es verdad?

CLÁUD. Cierto.

LOREN. Y qué mal negocio fué aquél que nuestro amo me ha contado?..

CLÁUD. Conque os ha contado: já, já! Vaya, vaya! Pues aquí para entre los dos, en aquel negocio, me comprometí por él...

LOREN. Por él!

CLÁUD. Sí; obré por orden suya; me dió mucho... (Dinero.)

LOREN. Con que te dió dinero? Pues si á mí me habia dicho... y para qué ocultártelo, ó estamos ya.. medio, medio... ó no lo estamos, ó los dos, estamos comprometidos por él, ó no...

CLÁUD. Y qué, qué es lo que habia dicho...

LOREN. Pues la verdad, chico, la verdad; que él necesitaba saber dónde guardábais ciertas cosas que, pues?.. lo que buscábamos él y yo hace tiempo... Buen vino, verdad, buen vino. (Hecha la cabeza sobre su brazo y duerme.)

CLÁUD. Imbécil! Vive Cristo! que esta farsa me la habia figurado! Pretendia conocer mi secreto. Estúpido!.. Las doce! Y Pedrito que no viene!.. Cuánto tarda esta noche!.. (Se oye fuera un silbido.) Ah! El rapazuelo... si no estuviera dormido... eh, eh?.. Sí; esto sí que no es farsa,.. (Hace señas en el balcon.) Tengo deseos de saber...

ESCENA II.

DICHOS.—PEDRITO.

PED. Puedo?... (Asomando la cabeza.)

CLÁUD. Entra pronto... Qué hay, le seguistes, entró?...

PED. Esperad, esperad, patron, que vengo rendido de tanto correr. Pero?... (Por Lorenzo.)

CLÁUD. Duerme... Mas díme pronto, entró?..

PED. Por la misma puerta falsa que anoche.

CLÁUD. Por la misma!

PED. Y creed, señor Cláudio, que aunque esta noche no habeis venido conmigo, no me he equivocado, porque despues de haber entrado él, entré yo.

CLÁUD. Tú!

PED. Y por qué no! Yo no tengo miedo á nada.

CLÁUD. Bien, Pedrito, bien; vales un mundo.

PED. Pues, como os decia; desde que salió de aquí, le seguimos, mi madre por un lado y yo por otro,

y despues de haber andado mucho y con gran trabajo, porque la noche está mala si las hay, llegamos al sitio consabido, á la puerta falsa que comunica al jardin de la casa de salud.

CLÁUD. Tambien esta noche!

PED. Tambien; yo entré trás él, él siguió, yo me detuve. Luego esperé dentro; mi madre se hallaba fuera, bajo uno de los árboles que hay en el paseo, cobijándose del agua que caia. Pasaron lo ménos tres cuartos de hora; oí una imprecacion, pasos acelerados, salí, él despues volvió á cerrar, eché á correr, y aquí me teneis ..

CLÁUD. Muchacho, contigo seria yo capaz de conquistar todos los buques negreros que hay en el mundo.

FAB. Lorenzo?... (Dentro.)

PED La voz del amo! Por donde escapar?...

CLÁUD. Imposible, oigo sus pasos por aquel corredor...

PED. Qué hacer! Si nos vé aquí!...

FAB. Lorenzo? .. (Dentro.)

CLÁUD. Ah! Aquí, trás de las cortinas del balcon, lo escucharemos todo, y quién sabe si esta noche sabremos...

ESCENA III.

DICHOS.—FABRICIO, apareciendo por la puerta de escape.

FAB. Pero, Lorenzo! (Empujándole.)

LOREN. Ah! Sois vos, señor.

FAB. Qué demonios hacias?...

LOREN. Perdonadme; me habia quedado un poco traspuesto.

FAB. Y ese Cláudio, que Dios confunda?...

CLÁUD. (Y á tí antes.)

LOREN. Toda la noche la hemos pasado juntos aquí mismo, bebiendo, como me mandásteis...

FAB. Y qué, les has hecho hablar? ..

LOREN. No he podido, señor; ese hombre es una bodega andando.

FAB. Y estás seguro de que toda la noche ha estado aquí?...

LOREN. Hasta hace un momento.

FAB. Es extraño!

LOREN. El qué, señor?...

FAB. Que desde hace cuatro ó cinco noches que, ó mi vista me engaña, ó he creido que siguen mis pasos...

CLÁUD. (Oyes?...)

PED. (Sí.)

CLÁUD. Pues de casa puedo asegurar que...

FAB. Y esa familia?...

LOREN. Quién? María y su hijo?...

FAB. Sí; María y su hijo, que no son lo que tú te habias figurado.

LOREN. Pues?

FAB. Porque son unos galopines.

CLÁUD. (Malvado!)

PED. (Oís, señor Cláudio?)

LOREN. Pues yo los he tenido siempre...

FAB. Y yo te repito que es mala gente y que no quiero que estén en mi casa ni un dia más; tengo mis razones...

LOREN. Así se hará; mañana les diré...

FAB. Y bien temprano...Respecto á Cláudio...(Pensativo.) Mañana...no; tal vez luego...

LOREN. Qué, no os acostais?...

FAB. No.

LOREN. Quereis tomar alguna cosa?...

FAB. Déjame; no te vayas muy léjos para que cuando te llame...

LOREN. Aquí fuera espero. (De mal temple viene esta noche. Pero dónde diablos se habrá metido Cláudio.)

FAB. Sí... es necesario concluir de una vez para siempre con este violento estado... Sálveme yo, y disfrute ya con tranquilidad los millones de mi tio; medidas radicales... el marinero me es hostil, lo conozco en todos sus actos, en sus palabras, en sus menores detalles; nada hemos podido recabar de él respecto á aquellas pruebas de que nos habló. De qué me sirve, pues?...Hay que hacerle desaparecer de entre los vivos...

CLÁUD. (O lo otro.)

FAB. De esa mujer y su hijo, me lo dice el corazon, debo desconfiar tambien; separémoslos de mi lado. Renato y Rittner han sido condenados á trabajos forzados por el delito de falsificacion, y en ese proceso nada ha resultado contra mí. Por este lado estoy tranquilo. Juana, gracias al veneno activo que la propino todas las noches desde que he venido, está á las puertas del sepulcro; su hija se halla tambien enferma. Matilde ha muerto. Paula, esa Paula vengadora, se halla aprisionada entre mis redes, pues está más enamorada que nunca; mi tio... Dios le haya recogido en su seno!... A quién puedo ya temer?...

CLÁUD. (Infame!)

FAB. Oh! á Juana, sí, á Juana, si no muere; pero si mañana, al ir, como todos los dias, á cubrir las apariencias á la Casa de Salud, viviera aún, por la noche ... todo, todo lo que resta del veneno que encierra este frasco, se lo haré tomar... (Sacando de su bolsillo un frasco de cristal con líquido dentro y poniéndolo sobre la mesa.) Y en el estado en que se halla morirá instantáneamente... Sí, sí... concluyamos de una vez para siempre. Lorenzo?... Esta situacion se me hace ya insoportable.

LOREN. Señor?...

FAB. Escucha. Mañana, en el tren de las nueve, tienes que partir para Nantes...

LOREN. Está bien.

FAB Irás con Cláudio.

CLÁUD. (Hola, hola!)

LOREN. Con Cláudio!

FAB. So pretexto de que he tenido el capricho de comprar un vaporcito para pasear con él por el Sena.

LOREN. Ya, ya comprendo...

FAB. Pero cuando tengas una oportunidad, que tú buscarás...

LOREN. Más sangre, señor...

FAB. Sí, Lorenzo; hace falta para nuestro reposo ..

LOREN. Siendo así ..

FAB. Este rewolver, compañero de aquel otro, que siempre le veo con repulsion, le harás desaparecer entre las olas del mar.

LOR. Está bien...

FAB. Tu cabeza responde de la mia; en todos mis actos tienes, ya lo sabes, una muy directa participacion.

LOR. Así es.

FAB. Mi tranquilidad, pues, es la tuya, y los cien mil francos que te he prometido para que te los comas alegremente cuando hayamos terminado la jornada, están aquí, (Señalando uno de los cajones de la mesa, y abriéndole.) con todo el capital de mi tio.

LOR. Sereis servido, como siempre.

FAB. Ahora toma estos diez mil para los gastos que tengas en Nantes, y á dormir; tienes que madrugar mucho, si has de hacer antes cuanto te he dicho. Ven á mi alcoba. (Salen por la puerta derecha del actor.)

PED. Qué horror, señor Cláudio! Qué malo es ese hombre! (Saliendo.)

CLÁUD. Datura extramonio! (Leyendo el frasco que Fabricio dejó sobre la mesa.) Caracoles! Qué quiere decir esto, muchacho?

PED. El qué?...

CLÁUD. Esto de demonio? (Pedrito lee.)

PED. No lo sé, señor Cláudio.

CLÁUD. No sabes lo que esto quiere decir! Entonces para qué vas á la escuela?...

PED. Es que... Pero esperad; por este Diccionario que el señor tiene aquí, podremos saberlo.

CLÁUD. Ahí?...

PED. B... C... D... Daf... Dap... Datu... Aquí está, aquí está.

CLÁUD. Un diablillo es este rapazuelo. A ver, á ver!...

PED. Planta tropical de la cual se extrae un veneno que produce la muerte paulatinamente.

CLÁUD. Infame!... Y para eso va todas las noches á la Casa de Salud para envenenar á la desgraciada Juana?

PED. Que viene!

CLÁUD. Quién?
PED. El señor Lorenzo... Nos vamos?...
CLÁUD. No; esperemos ya hasta lo último. Tengo una idea. (Se vuelven á esconder.)

ESCENA IV.

DICHOS.—LORENZO.

LOREN. Guardemos el frasco como me ha dicho. (Lo encierra en la papelera.)
CLÁUD. (Toma.) (Escondido y á Pedrito.)
PED. (Pero?...)
CLÁUD. (Si se resiste haz uso de él.)
LOREN. Diez mil francos, de los que no gastaré ni mil... Buena ganancia y buen negocio... (Cláudio y Pedrito salen y le sorprenden.)
CLÁUD. Si esos diez mil francos no fueran para mí...
LOREN. Oh!...
CLÁUD. Silencio, si tienes en algo tu vida.
LOREN. Es que...
CLÁUD. Chito! Porque estoy dispuesto á todo, hasta llevarte con tu amo á la prefectura.
LOREN. Tú tambien. (Por Pedrito que le amenaza.)
PED. Dispuesto á partiros el corazon, si hablais una palabra más.
CLÁUD. Dáme ese rewolver y ese dinero...
LOREN. Mas....
CLÁUD. Dámelos, ó no respondo de mí.
LOREN. Tomad, tomad, tomad...
PED. Veo que apreciais la vida, y eso me gusta, señor Lorenzo .
CLÁUD. Ahora y callandito, á vuestro cuarto, á dormir; en cuya puerta vigilaremos un rato Pedro y otro yo. Mañana, pero seguido siempre por uno de nosotros, tomareis el tren en compañía de un amigo mio que os acompañará hasta Nantes, y que á la menor señal de rebelion que hagais,

ireis á poder de la policía ó al otro mundo. Con que dónde hay un marinero no manda amo y chito, por que si no... (Salen, siempre apuntándola con el rewolver Cláudio, amenazándole con la face Pedrito, y Lorenzo retrocediendo.)

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SEXTO

CUADRO DÉCIMO.

Sorpresa y expiacion.

Sala elegantemente puesta. Puerta al foro y lateral izquierda del actor en primer término. A la izquierda tambien de la puerta del foro una gran ventana que, al abrirse, dejará ver los árboles de un jardin. Entre la ventana y puerta lateral izquierda una mesa, sobre la cual habrá varios tatarretes con medicinas, un vaso y una botella para agua y un quinqué encendido. A la derecha del actor una cama elegante, y en su cabecera, y colgado de la pared, un cuadro de una Vírgen, alumbrado por una lamparilla. Al levantarse el telon aparecen en escena Juana dentro de la cama, Emma arrodillada en la cabecera, Vernier, Frantz y el Doctor Gerleyn formando grupo, junto á la cama tambien.

ESCENA PRIMERA.

EMMA.—VERNIER.—FRANTZ.—GERLEYN.—JUANA, en la cama.

JUANA. Son martillazos!... Sí... No los oís?...

VERN. Querido maestro, que el cielo os ilumine una vez más.

JUANA. Pero no veis cómo se me acerca?... Quiere matarme, matarme, no... huye, huye, es mi hija... es mi hermano... el cadalso!... Oh!...

GERL. Querido díscipulo, el estado de esta señora es

gravísimo. (Separándose de la cama con Frantz y Vernier.)

VERN. Habré ido á buscaros en balde? No lo creo. Teneis de sábio una fama universal.

GERL. Veo difícil su salvacion, querido Vernier.

VERN. Difícil?

EMMA. Ah!

GERL. Difícil, porque esta pobre señora está envenenada.

VERN. Envenenada!

EMMA. Ella!

GERL. Ante los hechos, claros como la luz del dia, todos los razonamientos, toda discusion es inútil. (Se oye fuera golpe de campana.)

VERN. Envenenada!

EMMA. Pobre madre mia!

FRANTZ. Con vuestro permiso. (Váse.)

GERL. Teneis confianza con todos los de la casa?

VERN. Con todos y de todos.

GERL. Pues, sin embargo; aquí se está cometiendo un crímen.

EMMA. Dios mio! (Se aproxima á Jorge y á Gerleyn.)

VERN. Pero quién?...

GERL. Eso es lo que se hace necesario averiguar. Ahora, señorita, antes de que el sol se oscurezca, salid de aquí y respirad el ambiente puro del jardin, mientras que Jorge y yo consultamos ahí dentro. (Señalando á la habitacion de la izquierda.)

EMMA. Madre mia!... Ah!

GERL. Vamos. (Salen.)

ESCENA II.

FRANTZ.—CLÁUDIO.

FRANTZ. Conque decís que tan urgente es el asunto que os trae?

CLÁUD. Más de lo que creeis... Voto á una chalupa!

FRANTZ. Y no podeis comunicarme?... Mi jefe el señor

Vernier se halla en este momento muy ocupado.

CLÁUD. Mucho siento, señor, haceros un desaire; pero únicamente en presencia del dueño de esta casa puedo hablar.

FRANTZ. Ahí le teneis... (Entran Gerleyn y Vernier.)

VERN. Qué es eso?...

FRANTZ. Este marinero...

VERN. Ah!... Cláudio. (Reconociéndole.)

CLÁUD. El mismo.

VERN. Qué quereis, á qué habeis venido y á esta hora?...

CLÁUD. Ah, señor! Vengo á hablaros de un asunto muy grave.

VERN. Muy grave?...

CLÁUD. Sí, señor, sí; cañonazo de Brest!... Se trata... se trata... puedo hablar?

VERN. Con toda libertad: estos señores son de mi absoluta confianza.

CLÁUD. Pues bien; habeis de saber que todas las noches entra ocultamente, en esta casa, un hombre con el santo fin de envenenar á una de vuestras enfermas.

GERL. Cielos!

VERN. Qué oigo!

FRANTZ. Cómo!

CLÁUD. Sí, señores.

GERL. No os lo decia.

VERN. Oh! hablad, hablad.

CLÁUD. Pues la cosa es sencilla. Que desde hace seis noches, entre Pedrillo, el hijo y la mujer del que guillotinaron en Melún y yo, seguimos á un tunante que se introduce por la puerta falsa que hay en el jardin.

VERN. Todas las noches?..

CLÁUD. Entre once y doce.

FRANTZ. Eso no puede ser; de entrar por ahí, lo hubiéramos sabido.

VERN. Cierto; porque esas campanillas hubieran sonado, como sucede siempre qne el jardinero abre esa puerta.

CLÁUD. Pues que entra, no hay que dudarlo.

VERN. Pero, quién es ese hombre?.. Cómo se llama?
CLÁUD. Que quién es?.. El señor Fabricio Lecrere.
VERN. Fabricio!
GERL. El sobrino de esa señora?
FRANTZ. Imposible!
CLÁUD. Ese... ese canalla, trás el que vengo hace mucho, pero mucho tiempo, espiando todos sus pasos, y del que tengo pruebas que dan á conocer sus crímenes.
FRANTZ. No puede ser.
VERN. Sin embargo, caballero Frantz, y á medida que mi imaginacion piensa y se fija, recuerdo... Sí, sí, que desde su regreso, sus palabras y hechos son incoherentes; de estudio; de... Oh!.. Recuerdo que al dia siguiente de su presentacion, le sobrecogió que fuese yo el dueño de esta casa; recuerdo tambien que por favor me pidió escribir unas cartas, y estando en vuestro despacho, donde hay todos los utensilios necesarios al efecto, pretextó no recuerdo qué causa, para escribir en el mio.
CLÁUD. Pues eso fué para inutilizar las campanillas...
VERN. Seria posible.
CLÁUD. Si así es, pronto podremos salir de dudas.
GERL. Cómo!
FRANTZ. Con efecto; el hilo conductor, está roto. (Se sube sobre una silla y examina.)
CLÁUD. Lo veis!...
VERN. Roto!
CLÁUD. Pues nada se ha perdido porque... Pues... (Subiéndose tambien sobre una silla y componiendo el hilo.) Ya está compuesto y funcionará nuevamente.
VERN. Pero y esas pruebas, esas pruebas, dónde están?...
CLÁUD. Las tendreis á su tiempo: hoy mismo si quereis...
GERL. Sí, sí.
CLÁUD. Y serán tan graves para él y tan claras para vos y estos señores, como la luz del dia.
VERN. Bien, Cláudio, bien; nos habeis prestado un servicio que os honra y que nunca os lo podremos agradecer bastante.

GERL. Pero vendrá esta noche?...

CLÁUD. Vendrá, estoy seguro; anoche le sorprendí estas palabras... «Si mañana al ir á la Casa de Salud, como todos los dias, Juana viviera, todo el veneno que encierra este frasco, se lo haré tomar.»

VERN. Eso dijo?...

FRANTZ. (No puedo aún dar crédito á este hombre.)

CLÁUD. Conque señores, creo que he empezado á cumplir con mi deber y concluiré. Voy por esas pruebas y... por otras... y... no tardaré... no tardaré. Hasta muy pronto. (Váse.)

VERN. Os esperamos con impaciencia.

ESCENA III.

FRANTZ.—GERLEYN.—VERNIER, luego PAULA, despues EMMA.

VERN. Estoy atónito, mi querido maestro...

GERL. Y qué decís de mis sospechas?

VERN. Creo tocar la realidad, y sin embargo dudo. Y qué hacer?...

GERL. A la señorita Baltús y á Emma, hacerlas ver con entera franqueza la situacion.

VERN. En todo el dia de hoy ha venido Paula.

GERL. Y si Fabricio viniera antes de la noche, ni una palabra.

PAULA. Señores...

VERN Ah!

FRANTZ Ella! (Breve pausa.)

PAULA. Qué hay? Qué ocurre de nuevo?... Creo adivinar en vuestros rostros, en el vuestro más, señor Vernier, que algo grave...

VERN. Mucho, y terrible.

PAULA. Cómo! Juana tal vez?...

GERL. Con efecto...

PAULA. Qué decís?... Tan buena como se hallaba hasta hace pocos dias...

VERN. Y su curacion, que era el orgullo de mi carrera, hubiera continuado, si un infame, si un hombre sin corazon y sin conciencia no se hubiera interpuesto en nuestro camino para matarla.

PAULA. Matarla!
GERL. Y envenenada!
PAULA. Jesús! Qué horror!
EMMA. Querida Paula!
PAULA. Emma! (Se abrazan.)
EMMA. Pedro el practicante me acaba de decir que habias llegado; estaba, por prescripcion del buen doctor Gerleyn, en el jardin... Te han dicho?...
PAULA. Sí, pobre Emma, sí.
EMMA. Y crees tú?...
VERN. Por desgracia, desde que nos hemos separado hace un momento, no sólo afirmamos la idea, sino que tendremos pruebas, y hasta sabemos ya el nombre del criminal.
PAULA. Lo sabeis, y no le habeis entregado á la justicia?...
GERL. Aún no es tiempo...
EMMA. Está entre nosotros, en la casa quizá?
FRANTZ. Viene diariamente.
EMMA. Diariamente!... (Pausa.) Dios mio!
PAULA. Pero quién es? Concluid de una vez.
VERN. Es... Fabricio Lecrere
PAULA. Fabricio!
EMMA. Mi primo!

ESCENA IV.

DICHOS. — FABRICIO.

FAB. Hola! Se me nombraba!
GERL. (A Paula.) (Señora, ni una palabra, por la que pueda sospechar...)
PAULA. (Estad tranquilo...)
FAB. Pero, qué sucede, señores?...
VERN. (Emma, por la vida de tu madre, silencio.)
EMMA. Ah! (Sí.)
FAB. (Aquí pasa algo) Podré saber?...
GERL. Caballero, es la primera vez que tengo el honor de saludaros; pero como sois sobrino de Juana, á la que he venido á ver por indicacion de mi discípulo Vernier, os presento mis respetos y os

doy mi más cordial enhorabuena, porque dentro de muy pocos dias la vereis curada completamente.

FAB. (No ha muerto.)

VERN. Tenemos, sin embargo, que someterla á una prueba terrible, y como mi querido maestro manifiesta que esa prueba es de vida ó muerte, Emma y Paula sufren en este momento, y nosotros con ellas, porque ya sabeis cuánto la amamos.

FAB. Es cierto... Y se me nombraba?...

PAULA. Porque decia Emma, que sin el consentimiento de su primo...

FAB. (Será esto verdad.) Podré saber, por consiguiente, cuál es esa prueba terrible?

GERL. Segun la Memoria que de la enfermedad de esa señora me mandó mi discípulo, su locura fué producida por la emocion violentamente experimentada, al ver guillotinar á un pobre hombre.

FAB. Y creeis que?..

GERL. Haciéndola ver otra vez el cadalso...

FAB. (Oh!)

VERN. Otra ejecucion...

FAB. (Tiemblo!) Otra ejecucion...! Si por ese procedimiento se supone que recobrará la razon, nada tengo que objetar; por el contrario, si mi vida, que es toda de Paula, fuese necesaria para salvarla, cien veces gustoso la daria... La quiero yo tambien tanto!..

PAULA. (Y sospechan de él! Imposible!)

GERL. (Este hombre es un malvado.) (Á Vernier.)

FAB. Y cómo se encuentra hoy?

VERN. No empeora.

FAB. Entónces, por qué esa tristeza, prima mia?.. Ten ánimo y un poco de paciencia. Cierto que llevas una temporada llena de angustias; cierto que la muerte de tu padre, mi nunca olvidado tio, será otro dardo terrible para tu madre cuando lo sepa; pero yo, que en sus últimos momentos le juré haceros felices, os dedicaré toda mi existencia. Tienes mi consentimiento para casarte con Vernier. Qué puedes pedir más?.. Tú

con él, yo con Paula, y Juana, amparada y querida por todos, ya verás, ya verás cómo todos seremos felices.

PAULA. (Sospechais aún?..) (Signos de asentimiento en Gerleyn.)

FAB. Con que ánimo; te repito que mañana al volver no te encuentre así. Me voy, porque tengo mucho que hacer y es tarde. Paula, hasta mañana; Emma, dá un beso á mi querida tia, á la que no quiero ver por no molestar su reposo; caballero, he tenido muchísimo gusto en conoceros. Adios, Vernier; Frantz, hasta mañana... (Nada sospechan; esta noche concluiremos.)

ESCENA V.

EMMA.—PAULA.—GERLEYN.—VERNIER.—FRANTZ.

PAULA. Ah! No puedo sufrir más! (Echa sollozando su cabeza sobre los hombros de Emma.)

EMMA. Paula!

VERN. Amiga mia.

GERL. Son las decepciones de la vida...

PAULA. Eso nunca, caballero. Y aún dudais de él?... No habeis visto su actitud?... no habeis oido sus palabras llenas de consuelo y de cariño para con esta pobre niña y su madre?... Y á ese hombre se le calumnia, aun no sé por quién? Se duda aún de la nobleza de sus sentimientos y se le considera capaz de un crímen horrendo?... Oh! Callad; callad, porque herís las fibras más delicadas de mi alma; y no es porque le ame con todo mi corazon, no; no es tampoco porque quiera defender al único hombre que me le inspiró; tampoco: es porque no hay hombre tan perverso, tan inícuo y tan infame que pueda, como Fabricio ha hecho, darnos á conocer, engañándonos, los hermosos sentimientos que su alma atesora. No es verdad, Emma? No es cierto, amigo Vernier? Qué decís vos, señor Frantz?... Oh! (Breve pausa.) Callais todos! Ese

silencio es la revindicacion más grande, es la defensa más solemne que del señor Lecrere podiais hacer... (Pausa.) Tambien vos callais, señor de Gerleyn!... Sufrís, como yo he sufrido, la imputacion del crímen y la calumnia, con la cabeza baja y el remordimiento en vuestra conciencia... No me contestais?...

GERL. Señorita; por muy amargas, por muy desconsoladoras que sean mis palabras, os contestaré con la autoridad que me dan los hechos de una ochentona vida, de inmaculada honradez y de conocimiento del corazon humano, que ese hombre es capaz de todo...

PAULA. Perfectamente, señor de Gerleyn; no os regateo vuestra gratuita suposicion ni mi firmísima negacion á vuestro aserto; pero el tiempo nos dará á conocer si es Fabricio efectivamente el envenenador de Juana. (Dan once campanadas.)

VERN. Las once.

GERL. Hora que necesitamos para salir de dudas.

EMMA. Qué haremos?

VERN. Vos, Frantz, quedáos en esta habitacion.

GERL. Sí; y nosotros volvamos á la habitacion de Emma, y como desde allí hemos de oir funcionar las campanillas, en el momento que ésto suceda, saldremos, y desde esta ventana podremos observar...

VERN. Vamos, sí. Estoy impaciente. (Vánse por la primera puerta izquierda Paula, Emma, Gerleyn y Vernier.)

FRANTZ. El doctor Gerleyn, creo que se engaña. Seamos precavidos. (Apaga el quinqué por completo.) Desde aquí le veré entrar.. si es que viene. (Abriendo la ventana y sentándose al pié de ella. Pausa.)

JUANA. Ay! Agua... Agua...

FRANTZ. Desgraciada señora (Levantándose y dándola de beber.)

JUANA. Qué buena... Hija mia... Mauricio! Te matan tambien... Sangre .. Siempre sangre!...

FRANTZ. Infeliz! (Se vuélve otra vez á la ventana.) Nada se vé aún. Esperemos.

JUANA. Huye, infame, huye!. . Muere inocente!... No le ves? Es él! . Ay! Ay!... (Pausa,)

(Suenan las campanillas en este momento. Al tocar las campanillas, Frantz se levanta y se dirije á la primera puerta izquierda, en el momento que aparecen en ella Emma, Paula, Gerleyn y Vernier, despues de haber dicho las siguientes frases.)

PAULA. Oh!
EMMA. Jesús!
VERN. Maestro.
GERL. Silencio todos. Salgamos.
VERN. (Dirigiéndose á la ventana precipitadamente.) Distingo un objeto por entre los árboles del jardin ..
EMMA. Dios mio!
PAULA. Tengo miedo.
GERL. Silencio, por Dios.
VERN. Ya se aproxima... Ah!!! Ya está aquí... Adentro todos. (Entran todos en la primera puerta izquierda.)
JUANA. Sí... allí le veo!... Le matan!... Ah!!! (Grito agudo coincidiendo con la aparicion de Fabricio, por el foro derecha.)

ESCENA VI.

JUANA — FABRICIO.

FAB. Vive aún! Si esta noche me sorprendieran.
JUANA. Me ahogo!
FAB. Tiemblo!
JUANA. Qué sed tengo!
FAB. Concluyamos. (Echa el veneno en el vaso.)
JUANA. Agua!
FAB. Oh! (Vacilando en darle de beber.)
JUANA. Agua!!!
FAB. Sí... sí... (Despues de observar si alguien le vé, se adelanta á darla de beber.. En este momento salen de la habitacion de la izquierda, sigilosamente y de puntillas, Gerleyn, Vernier y Frantz.)
GERL. Atrás, miserable!!!
FAB. Oh!!
VERN. Infame asesino!

FAB. (Sacando una pistola.) Pues bien, ya que todo lo sabeis, sepultaré con vosotros mi secreto.

FRANTZ. (Bajando desde el foro, y sujetándole fuertemente.) Quieto!!

FAB. Maldicion!!

EMMA. El!

PAULA. Fabricio!

FAB. Paula aquí!

PAULA. Con que eras tú?... Con que no me engañaban los que te creian criminal.

FAB. Criminal yo! No, nunca .. nunca... Mienten... mienten...

CLÁUD. Quien miente eres tú, infame!

TODOS. Cláudio Marteau!

CLÁUD. Sí! El mismo, con todas estas pruebas que condenan á Fabricio Lecrere...

FAB. Oh! Calla... Calla...

CLÁUD. Como el único y verdadero asesino de Federico Baltús.

PAULA. El!! Horror!!

FAB. Paula!

PAULA. Atrás!.. Me horrorizais!

CLÁUD. Pedrito, señora María, mirad al asesino de vuestro esposo. (Corriendo al foro. Salen María y Pedrito, foro derecha.)

MARÍA. Ah!

PED. Cómo! Es ese el culpable maldito por el que mi padre murió afrentosamente?.. Oh! (Se dirije á él en actitud amenazadora.)

MARÍA. Hijo!

CLÁUD. Pedrito! (Deteniéndole.)

PED. Teneis razon, señor Cláudio; no debo manchar mis manos con la sangre del que el patíbulo reclama. Te aborrezco y te maldigo!

CLÁUD. Señor Comisario, (Aparecen al foro el Comisario y dos gendarmes.) ahí teneis al hombre de que os habia hablado; apoderáos de él como justificadamente habeis preso tambien á su criado y cómplice Lorenzo.

FAB. Yo preso!!.. La deshonra!!.. El cadalso!!

PAULA. Sí, el cadalso! Ese es el triste fin de los malvados como tú... Te aborrezco... tanto como te amaba.

GERL. Pronto expiarás tus crímenes. Llevadle, señor Comisario. (Se adelantan el Comisario y gendarmes y se llevan á Fabricio.)

JUANA. Emma... Mauricio... No os veo!

MARÍA. Cielos! La voz de mi cuñada!

EMMA. Qué dice!

PAULA. Cómo!

MARÍA. Juana mia!

CLÁUD. Cañonazo de Brest!

GERL. Reunidos al acaso! Bendita sea la Providencia divina!

FIN DEL MELODRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

UN MILLON Y UN COMERCIANTE, un acto.
DE AUDACES ES LA FORTUNA, id. id.
LO QUE ABUNDA, id. id.
LAS DOS PRINCESAS (mágia) dos actos.
LAS OREJAS AL LOBO, un acto.
¿Á QUE SÍ? apropósito en un acto.
EL ARCA DE NOÉ, dos actos.
POLOS OPUESTOS, id. id.
EL CASADO CASA QUIERE, un acto.
LLUEVEN NEGRITOS, id. id.
AMORES TRUNCADOS, id. id.
DON SERAPIO, SERAPIO Y SERAPITO, íd. id.
EL LAGO DE HARTZ (mágia) dos actos.
EPISODIO CONYUGAL, un acto.
UN ARAGONES EN FRANCIA, id. id.
CRÍMEN Y EXPIACION (drama) id. id.
LA VUELTA AL MUNDO POR EL DOCTOR GARRIDO (zarzuela) dos actos.
CAMBIO DE PAPELES, un acto.
EN SAN ISIDRO, apropósito en un acto,
¡ME LO HABIA FIGURADO! un acto.
UN DIA Á PERROS, id. id.
LA CARIDAD, melodrama en dos actos.
LA TOMA DE CANTAVIEJA, drama de espectáculo en dos actos.
ENGAÑAN LAS APARIENCIAS, un acto.
¡CÁSPITA, CÁSPITA! id. id.

reales.

Fabricación de vinos de frutas y bebidas económicas, por Basset. 14 reales.

Fabricación de aceite de olivas y demás granos oleaginosos, por J. Gómez de Fuencarral. 12 reales.

Cultivo del olivo y demás plantas productoras del aceite, por J. Gómez de Fuencarral. 12 reales.

Enfermedades de los vinos, por Adderson. 6 reales.

Estudios sobre el vinagre, su fabricación, sus enfermedades, por Pasteur. 12 reales.

Cultivo de la caña de azúcar, sorgo azucarado y remolacha, por Gómez de Fuencarral. 10 reales.

Tratado de la falsificación de los vinos, por J. T. V. Muller,. 10 reales.

Fabricación de vinos espumosos, por Juanay y Maumené. 12 reales.

Manual práctico para el análisis de los vinos, por J. T. V. Muller. 13 reales.

Tratado del cultivo de la vid y vinificación, de Guyot. Segunda edición. 24 reales.

Ensayos sobre las variedades de la vid común, por D. Simón de Rojas Clemente. 30 reales.

El arte de colorear los vinos con el color natural de la uva, por Prunaire. 10 reales.

Guía teórico-práctica para combatir las enfermedades de la vid, por Muller. 12 reales.

El arte de hacer el vino, por Ladrey, 1884. 16 rs.

La industria popular, colección de recetas útiles y prácticas, por J. Gómez de Fuencarral. 8 reales

La tintura en lana y en otras fibras lanosas, descrita para uso del tintorero práctico, por el Dr. M. Reimann. 40 reales.

Manual práctico para la fabricación de licores y arabes, por Juan P. Ruiz de Ciudad. 24 reales.

Manual de economía política, por Enrique Baudrillart, traducido por D. P. Estasen. 20 reales.

Disposiciones de Derecho civil vigentes en Ultramar, de D. José Antonio Elías. Dos tomos en 4.º, á

... que contiene la legislación sobre el matrimonio vigente en España, la República Argentina, Chile, Méjico, Guatemala y el Uruguay. 1885. Dos volúmenes, 28 reales.

Tratado del contrato de compra y venta, anotado y concordado. Un volúmen, 32 reales.

Tratados de la posesión y prescripción, de Pothier, anotados y concordados. 1880. 28 reales.

Tratado de retractos, de Pothier. 16 reales.

Tratado del dominio de la propiedad, de Pothier. 16 reales.

Derecho civil general y foral de España, ó sea resumen ordenado de las leyes vigentes en los varios territorios que forman la monarquía y de las decisiones del Tribunal Supremo que establecen jurisprudéncia, por D. José Antonio Elías. Segunda edición. 100 reales.

Legislación hipotecaria antigua, nueva y novísima de España, Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Segunda edición, 1882. Un volumen, 24 reales.

Legislación canónica, civil y administrativa, vigente en España y sus posesiones de Ultramar sobre cementerios, por D. Antonio Elías de Molins. 24 rs.

El Concordato de 1851, anotado con las leyes, decretos y disposiciones que se han publicado en su aclaración, por D. Antonio Elías de Molins. 12 reales

Manual de Derecho administrativo, civil y penal de España y Ultramar, para uso del clero parroquial, por D. Antonio Elías de Molins. Tres volúmenes en 8.º mayor, 72 reales.

Adiciones al Manual de Derecho administrativo, civil y penal de España y Ultramar, para el uso del clero parroquial. 10 reales.

Tratado de metalurgia, obra adicionada é ilustrada, por R. Wagner. 12 reales.

Tratado de medicina rural, por D. R. Elías de Molins. 20 reales.

Tratado de patología rural, por D. R. Elías de Molins 16 reales

Manual de reconocimiento de quintos, por D. Ra-